

LA ÓPTICA Y LA PINTURA.

III. *

EL COLOR.

A estas desviaciones de claridades se refieren también ciertas desviaciones en la coloración, que provienen del punto de vista fisiológico de que la escala de intensidades de sensibilidad es diferente de un modo igual para los diversos colores. La fuerza de la sensación producida por una intensidad de luz de un color determinado depende en absoluto de la reacción propia en el sistema nervioso, excitado por la influencia de la expresada luz. Todas nuestras sensaciones relativas á los colores son combinaciones de tres diferentes sensaciones simples, á saber: del rojo, el verde y el violado, que, según la suposición muy probable del sabio Young, se perciben á la vez, pero independiente la una de la otra, mediante tres sistemas diferentes de fibras de los nervios ópticos. A esta independencia de sensaciones, diferentes según el color, corresponde también una independencia recíproca en cuanto á la gradación de intensidades. Reconocimientos recientes (1) han demostrado que la sensibilidad de nuestro ojo para las sombras débiles es más fuerte en el azul y más débil en el rojo. En el azul se reconoce una diferencia de $1/205$ hasta $1/268$ de intensidad de luz: en el rojo, cuando el ojo no está cansado, $1/16$, y cuando el color está amortiguado por una larga contemplación, de $1/50$ hasta $1/70$.

Las gradaciones del color rojo dejan el ojo relativamente más insensible que las del azul: conforme á este hecho, los fenómenos de desvanecimiento por un aumento de claridad se producen más débilmente en el rojo que en el azul. Si, según una observación de Dove, se toma un papel azul y uno rojo que en un día de claridad media parezcan igualmente claros, con una luz blanca muy débil el azul parecerá más claro, y con una luz intensa lo parecerá el rojo. Las mismas diferencias aparecen, como he tenido ocasión de observar por mí mismo, de una manera más marcada en los colores espectrales rojos y violados: un pequeño aumento en su intensidad da una fracción igual para los dos.

* Véase el número anterior, pág. 513.

(1) Dobrowsky en los Archivos de la oftalmología de Graefe. Vol. XVIII, cap. I, páginas 74 á 92.

La impresión del blanco es una combinación de impresiones que los diferentes colores espectrales contenidos en la luz blanca producen en nuestros ojos. Si aumentamos la claridad del blanco, entonces la intensidad de sensación para los colores rojos, amarillos y verdes crecerá relativamente más que la de los colores azules y violados. En el blanco claro las primeras causarán una impresión proporcionalmente más fuerte que las últimas: en el blanco-mate, al contrario, la impresión más fuerte la producirían los colores azules y azulados. Un blanco muy claro parecerá tener un tinte amarillento; un blanco-mate parecerá tenerle azulado. Sin duda podremos tener conciencia más fácilmente de esta diferencia en la contemplación ordinaria de los objetos que nos rodean, porque la comparación directa de tonos de intensidades diferentes es muy difícil, y estamos acostumbrados á ver el mismo objeto blanco permanecer siempre igual, en tanto que las variaciones de color produzcan sucesivamente estas diferencias del blanco, de modo que en nuestros juicios sobre el color de los cuerpos hemos aprendido á eliminar la influencia de la claridad.

Pero si el pintor debe imitar la impresión del blanco alumbrado por el sol con colores tenues, alcanzará un mayor grado de semejanza haciendo resaltar el blanco mediante una mezcla con el amarillo, como resaltaría en realidad en un blanco más claro á causa de la reacción del sistema nervioso óptico. Es un procedimiento parecido al que empleamos cuando contemplamos un paisaje bajo un cielo sombrío, á través de un cristal amarillo, con lo que conseguimos darle en apariencia la claridad que el sol le proporcionaría. Por el contrario, el artista daría una tinta azulada á un blanco alumbrado por la luna, es decir, débilmente alumbrado, porque los colores en el cuadro deben ser, como acabamos de ver, de luz mucho más intensa que el color representado. En el claro producido por la luna apenas se distingue más color que el azul; el azul del cielo ó de las flores azules puede ser reconocido distintamente, mientras que el amarillo ó el rojo aparecen tan sólo como un desvanecimiento del blanco ó gris azulado que domina en todo el cuadro.

Permitidme repetir que estas modificaciones en los colores no serían necesarias si el artista tuviese á su disposición colores tan brillantes ó tenues como los que la realidad nos muestra en los cuerpos alumbrados por el sol ó por la luna.

El cambio de los colores es, como la gradacion en las claridades de que ya hemos hablado, un efecto subjetivo que el pintor está obligado á reproducir objetivamente sobre el cuadro, puesto que sus colores, relativamente oscuros, no pueden producirle.

Haremos reflexiones análogas con relacion á los fenómenos del contraste. Comprendemos bajo esta palabra cuando el color ó cuando la claridad de una superficie parece cambiar porque un *fondo* ó *campo* de distinto color ó claridad se encuentra á su lado, de modo que el color primitivo parece más subido á causa de tener por vecino uno más claro, más claro por ser el inmediato más oscuro, y ópuesto ó complementario si están próximos colores intermedios ó fuertes.

Los fenómenos del contraste son muy variados y reconocen diferentes causas. Un orden de contrastes, el contraste simultáneo de Chevreul, es independiente del movimiento del ojo, y se produce en los fondos ó tonos cuyas diferencias de color y de claridad son muy débiles. Este contraste se presenta tanto en los cuadros como en la realidad, y es muy conocido de los pintores. La mezcla de los colores en la paleta tiene frecuentemente distinto aspecto que presenta despues en el cuadro. Los cambios de color de que vamos hablando son muy notables; pero no quiero entrar en detalles acerca de este particular, porque no producen divergencia entre la pintura y la realidad.

La segunda clase de fenómenos de los contrastes, ménos importante para nosotros, se manifiesta cuando la mirada se mueve, sobre todo en fondos que presentan una gran diferencia de claridad ó color. Cuando la mirada gira sobre superficies ú objetos claros, oscuros, ó de colores varios, la impresion de cada color se modifica, puesto que se ve reflejada sobre partes de la retina que inmediatamente ántes han sido heridas por otros colores ó luces, y cuya sensibilidad se ha modificado por esa razon. Esta especie de contraste depende, pues, del movimiento de los ojos, y ha sido designada por Chevreul con el nombre de contraste sucesivo.

Hemos visto ántes que nuestra retina se hace en la oscuridad más sensible á la luz débil que lo es en otras condiciones. Al contrario, por una luz intensa se halla fatigada y se convierte en más insensible á las luces débiles que ántes percibía. Hemos designado este último fenómeno como una fatiga de la retina, como un agotamiento de fuerzas de la misma producido por su propia actividad, como sucede en los músculos.

Es preciso notar que la fatiga de la retina, cansada por la luz, no se extiende forzosamente á toda la superficie, sino que si una pequeña parte de esta membrana es herida por una imágen clara y vaga,

la fatiga puede limitarse tan sólo á aquella pequeña parte.

Conoceis todas las nubes ó manchas sombrías que se agitan sobre el horizonte de nuestra vista cuando le miramos en el acto de ponerse el sol, y que los fisiólogos llaman imágenes posteriores negativas del sol; pues bien, provienen de que las partes de la retina que han sido heridas por el sol se han hecho más insensibles á nuevos efectos de luz. Si se mira con un ojo fatigado localmente una superficie uniformemente clara, por ejemplo, la bóveda celeste, las partes no cansadas de la retina percibirán más débilmente y con mayor confusion la parte de imágen que las hiere con más proximidad, y por esta razon el que mira cree ver en el cielo manchas oscuras que acompañan por todas partes á sus miradas. Habria entónces simultáneamente en las partes alumbradas en la bóveda celeste la impresion que esta produce en las partes fatigadas de la retina, y en las manchas oscuras al contrario, el efecto producido sobre las membranas fatigadas. Es indudable tambien que los objetos alumbrados por el sol provocan las imágenes posteriores más características; pero fijándose un poco, se observan tambien imágenes semejantes con impresiones de luz mucho más débiles: sólo que para que se desenvuelvan de un modo claro y apreciable, es preciso más tiempo, y es necesario fijarse obstinadamente en un punto del objeto iluminado, sin mover el ojo, á fin de que la imágen primera se fije en la retina, y una parte limitada de este órgano se excite y fatigue, á la manera de lo que se realiza en los retratos de fotografia bien detallados, que sólo se consiguen permaneciendo sin movimiento el retratado, á fin de que no haya movilidad en la placa fotográfica. La imágen posterior en el ojo es, por decirlo así, una fotografia sobre la retina, que se hace visible por la modificacion de la sensibilidad al hierla una nueva luz, permaneciendo fija un corto espacio de tiempo, tanto mayor, cuanto la accion de la luz es más fuerte y durable.

Si el objeto fijo es de color vivo, por ejemplo, papel rojo, entónces la imágen posterior sobre el fondo gris tiene un color complementario y que viene á ser azul verdoso (1). El papel rosa, por el contrario, produce una imágen posterior verde, el verde una imágen rosada, el azul una amarilla y el amarillo una azulada. Estos fenómenos demuestran

(1) Para ver esta clase de imágenes posteriores tan claramente como es posible, es preciso evitar todo movimiento de los ojos. Dibújese sobre un papel grande de color gris subido una pequeña cruz negra, fijando marcadamente el medio, y aproxímese lentamente una hoja cuadrada de papel del color de que se desea observar la imágen posterior, de tal manera que uno de sus bordes llegue á la cruz. Déjese el papel inmóvil durante uno ó dos minutos, mirando fijamente á la cruz, y retirando súbitamente el papel sin cesar de mirar á la cruz, y entónces se verá aparecer la imágen posterior sobre el fondo oscuro, en lugar del papel retirado.

que la retina puede experimentar una fatiga parcial relativamente á varios colores. Según la hipótesis de Young sobre la existencia de tres sistemas de fibras en el nervio óptico, de las que una experimenta la sensación del rojo á cada excitación, la segunda la del verde y la tercera la del violado, las fibras de la retina sensibles al verde sufrirán una fuerte excitación y una gran fatiga en presencia de una luz verde. Si la misma parte de la retina recibe en seguida la luz blanca, la impresión del verde se debilitará y quedarán dominantes la del rojo y violado: su suma dará entonces la impresión total del color púrpura, que, mezclándose con el blanco invariable del fondo, producirá el color rosa.

Comunmente, al contemplar objetos claros ó de colores vivos, no tenemos costumbre de fijarnos de una manera continua en un mismo punto, porque, siguiendo la mirada, la marcha de nuestra atención la llevamos á diferentes partes del objeto, según el interés que nos inspiran. Esta manera de mirar, ya sea que el ojo esté en perpetuo movimiento, ó ya que la imagen de la retina se mueva en todos sentidos sobre esta membrana, tiene además la ventaja de evitar el daño que en la vista causarían necesariamente las imágenes posteriores, fuertes y durables. Sin embargo, ni aun en el caso predicho las imágenes posteriores dejan de existir, sólo que son indecisas en su contorno y muy pasajeras en su duración.

Si hay un espacio rojo sobre un fondo gris, y si nuestra mirada pasa del rojo hasta el gris, las partes limítrofes del gris se ven invadidas por una imagen posterior del rojo y aparecen con un débil tinte de verde azulado; pero como la imagen posterior desaparece rápidamente, la parte de gris más próxima al rojo es la que presenta la modificación de un modo más pronunciado.

Este fenómeno también se manifiesta con mayor energía si la luz es clara y los colores brillantes y saturados, que si es débil y los colores tenues, teniendo en cuenta que el artista trabaja principalmente en estas últimas condiciones. Crea la mayor parte de los tonos por la mezcla de los colores, pero cada materia colorante es más gris y mate que los colores puros de que está compuesta, y hasta el pequeño número de materias colorantes puras de un color muy saturado, tales como el cinabrio y el azul, que la pintura al óleo puede emplear, son relativamente oscuros. Los colores muy claros de las acuarelas son, por regla general, blanquecinos. En esto consiste que, por lo común, no pueda esperarse de la pintura la reproducción de los vivos efectos del contraste, tales como se observan en la naturaleza sobre objetos de vivo color ó muy claros. Si el artista quiere trasladar tan perfectamente como es posible, con los colores que tiene á su

disposición, la impresión óptica producida por los objetos, está obligado á hacer uso igualmente de los contrastes. Si los colores del cuadro fuesen tan claros y brillantes como los de los objetos reales, los contrastes se producirían por sí mismos de igual modo en un caso que en el otro. No siendo así, es preciso que fenómenos subjetivos del ojo se reproduzcan objetivamente sobre el cuadro, para que la escala de los colores y claridades se aproxime á la realidad.

Así podreis observar que, en general, los pintores y dibujantes colocan una superficie unida, uniformemente iluminada, al lado de una parte más oscura, y más oscura la parte próxima á lo claro. Veréis que superficies grises tienen un tinte amarillo allí donde detrás de ellas se presentan objetos azules, y rosa cuando están cerca de objetos verdes, suponiendo que ninguna luz reflejada por el azul ó el verde puede caer sobre el gris. Allí donde los rayos solares hieren el suelo, penetrando á través del verde follaje de un bosque, parecen teñidos de rosa al ojo fatigado por el dominio del verde; y en comparación de la luz amarillo-rojiza de una bujía, la blanca luz del día penetrando á través de una rendija, parece azul. Así es, en efecto, como el pintor lo representa, puesto que los colores de su cuadro no son bastante brillantes para resolver la dificultad de otra manera. A la serie de estos fenómenos subjetivos que los artistas se ven obligados á representar objetivamente sobre sus cuadros, se añaden todavía ciertos fenómenos de irradiación.

Se entiende por esta palabra el caso en que se encuentre en el horizonte visible algún objeto muy claro cuya luz y color se extiendan por la proximidad. El fenómeno será más visible cuanto más claro sea el objeto irradiante: la luz extendida en las cercanías tiene su máximo de intensidad en la proximidad del objeto iluminado, y disminuye de un modo sensible á mayor distancia. Los fenómenos de irradiación son más notables alrededor de una luz muy clara que lanza sus rayos sobre un fondo oscuro. Si se oculta al ojo la vista de la llama, por ejemplo, cuando se tapa la acción directa de una bujía con la mano ó con otro objeto no trasparente, entonces se ve desaparecer la luz brumosa y clara que cubre la proximidad y distinguirse más claramente los objetos que se hallan en la parte oscura del horizonte visible. Si se cubre la luz por la mitad con ayuda de una regla, parece esta hallarse dentada en el sitio en que la llama la pasa. En este caso, la luz á la proximidad de la llama es tan intensa que no se distingue la claridad de la de la misma llama, la que parece ser mayor y reflejarse más particularmente sobre los objetos sombríos de la proximidad.

La razón de estos fenómenos es, por otra parte,

análoga á la de la perspectiva atmosférica: consiste en difusiones de luz procedentes del paso de la luz á través de *medios* no transparentes; sólo que en los fenómenos de la perspectiva atmosférica, la alteración de la transparencia debe buscarse en el aire que hay delante de la vista, mientras que en los fenómenos de irradiación propiamente dichos debe buscarse en los *medios* transparentes del ojo. Lanzando una luz viva sobre el ojo humano más sano, sobre todo de lado, con ayuda de un haz de rayos solares concentrados por un vidrio ardiente, se ve que la córnea es clara del todo, pues vivamente iluminada parece algún tanto blanquecina, como atenuada por una ligera nube; bien es verdad que se trata de un tejido fibroso cuya estructura no es tan homogénea como la de un líquido puro ó la de un puro cristal. La más pequeña disparidad en la estructura de un cuerpo transparente produce el efecto de refractar una parte de la luz recibida y dispersarla en todas direcciones (1).

Los fenómenos de irradiación se presentan por otra parte también por grados de claridad menos elevados. Una abertura sombría en un papel de color y alumbrado por el sol, ó un objeto pequeño y oscuro sobre una placa de cristal de color que se levanta hácia el cielo claro, parecen igualmente iluminados por el color de la superficie que les rodea.

Después de lo que acabamos de decir, vemos que los fenómenos de irradiación son muy semejantes á los producidos por la alteración de la transparencia del aire. La sola diferencia esencial consiste en que la alteración de la transparencia producida por el aire impregnado de luz es más fuerte en relación de los objetos que tiene delante de sí una gran masa de aire, que en relación de los objetos próximos, mientras que la irradiación en el ojo extiende su luz uniformemente sobre los objetos próximos y lejanos.

La irradiación se cuenta también en el número de los fenómenos subjetivos del ojo que el artista imita objetivamente, puesto que las luces vivas, la del sol en particular, no tienen una claridad bastante intensa para producir sobre el ojo del espectador una irradiación muy perceptible.

Ya ántes he designado la representación que el pintor debe dar á las luces y colores de sus objetos como una traducción, y he hecho resaltar que en general no puede ser una copia exacta en todos y cada uno de los detalles: se opone á ello la escala modificada de claridades que el artista tiene que emplear en muchos casos. Debe reproducir, no

(1) Paso en silencio la opinión según la que la irradiación del ojo debe provenir de una difusión de la excitación en la sustancia nerviosa, porque esta opinión me parece muy hipotética. Además, en el asunto que me ocupa, se trata de los fenómenos y no de las causas que los producen.

el color real de los objetos, sino la impresión que ha producido ó produciría sobre la vista para crear una imagen visible tan clara y viva en lo posible como los mismos objetos. Cuando el pintor en la ejecución de sus obras se ve obligado á modificar la escala de luces ó de colores, modifica solamente una cosa sometida en los mismos objetos á un cambio semejante según la luz recibida y según la fatiga del ojo. Conserva lo esencial, á saber: la gradación de claridades y de colores. Aquí se presentan, como hemos visto, una serie de fenómenos condicionados por la manera como nuestro ojo responde á la excitación exterior, y como dependiendo de la intensidad de esta excitación, no son producidos directamente por la modificación de intensidades de luz y de color en el cuadro. Estos fenómenos subjetivos que se manifiestan en el aspecto de los cuadros serían un gran defecto si el pintor no los reprodujese en la tela. El hecho de que sean reproducidos es particularmente característico para el problema por resolver de la reproducción por la pintura.

Pero en toda traducción, la individualidad del traductor juega importante papel. En la reproducción por la pintura, muchas cuestiones se abandonan al libre arbitrio del artista, y puede decidir las según su predilección individual ó según las exigencias del asunto. Es libre de elegir, dentro de ciertos límites, la claridad absoluta de los colores, lo mismo que la medida de la gradación de la luz. Puede exagerar esta última, como Rembrandt para obtener un relieve enérgico, ó disminuirla como Fray Angélico y sus imitadores modernos, con el fin de amoldar las sombras terrestres á la representación de asuntos sagrados. Puede, como los Holandeses, mostrarnos la luz repartida en la atmósfera, ya brillante, ya pálida, ya cálida ó fría, y despertar de este modo en el alma del espectador las disposiciones del espíritu dependientes en más ó en menos del brillo del sol y del tiempo que hace; ó bien puede presentar sus figuras en una atmósfera pura, por decirlo así, con una claridad objetiva y sin tener en cuenta las disposiciones subjetivas. Así, pues, existe gran variedad en lo que los artistas llaman *estilo*, y con especialidad en los elementos puramente técnicos del mismo.

IV.

ARMONÍA DE LOS COLORES.

En este punto se presenta la cuestión siguiente: Si el artista, á causa de la pequeña cantidad de luz y de saturación de sus colores, está obligado á tomar toda clase de rodeos para llegar, por la imitación de los fenómenos subjetivos, á una semejanza con la realidad tan grande como sea posible, pero necesariamente siempre imperfecta, ¿no valdría más buscar

remedio á estos inconvenientes? Y lo hay ciertamente. Los cuadros al fresco se presentan á veces con el pleno brillo del sol: las pinturas transparentes y las imágenes sobre cristal pueden servirse de grados de claridad muy elevados, de colores muy saturados: en los dioramas y decoraciones de teatro podemos hallar la solución con una luz artificial intensa, y en caso de necesidad hasta con la luz eléctrica; pero al enumerar estas diversas ramas del arte, habreis notado que no he comprendido en la enumeración las obras generalmente admiradas como obras maestras en la pintura, y recordareis que la gran mayoría de las obras de arte con colores á la aguada ó al óleo, son relativamente oscuras al ménos para espacios moderadamente claros. Si pudieran obtenerse grandes efectos artísticos con ayuda de colores iluminados por el sol, obtendríamos sin duda cuadros de grandísima importancia. La pintura al fresco hubiese conducido á esta idea, y entonces los ensayos hechos en interés de la ciencia por el célebre óptico de Munich, Steinheil, para pintar cuadros al óleo que pudiesen ser vistos á luz completa, no hubiesen quedado aislados y sin resultados.

Así, pues, la experiencia parece demostrarnos que la luz templada y el color moderado en los cuadros producen ventajas, y basta contemplar frescos iluminados por el sol, por ejemplo los de la nueva pinacoteca de Munich, para comprender en qué consiste esa ventaja. En efecto, su claridad es tan grande que nos cuesta trabajo mirarlos durante algún tiempo, y la fatiga dolorosa que en este caso se hace sentir en el ojo, se manifestará en un grado inferior á la verdad todas las veces que en un cuadro se haga uso, aunque sea moderado, realzándose sólo por la colocación de colores muy intensos, correspondiendo al brillo del sol frecuentemente representada, y á luz brillante extendida sobre la imagen. Por esto es fácil producir en los dioramas y en las decoraciones de teatro una imitación bastante exacta de la débil luz del claro de luna con la ayuda de una luz artificial.

Podemos, pues, designar la imitación exacta de la naturaleza en un buen cuadro como una reproducción perfeccionada de la misma. Un cuadro semejante produce lo que hay de esencial en la impresión, y nos proporciona una viva contemplación del objeto, sin herir ni fatigar el ojo por los colores demasiado brillantes de la realidad. Las divergencias sobre el arte y la naturaleza se deslindan, como ya hemos dicho, por relaciones de las cuales, ni aún en la realidad, podemos más que establecer juicios indecisos é inciertos, tales como las intensidades absolutas de la luz.

El placer físico, la excitación agradable y sin fatiga de nuestros nervios, el sentimiento de bienes-

tar corresponden aquí, como ya sabemos, á las condiciones más favorables á la percepción externa, al discernimiento más delicado y á la observación más exacta.

Ya dejamos consignado que cierta claridad medianos permite distinguir mejor las nubes más delicadas en las sombras, y por ellas las formas de las superficies. Debo dirigir vuestra atención sobre otro punto igualmente importante para la pintura, á saber: el placer que se experimenta á la vista de los colores y que tiene indudablemente una gran influencia en nuestro gusto para apreciar las obras maestras. En estas manifestaciones en su forma más simple, como el placer que encontramos en las flores, en las plumas, en las piedras, en los fuegos artificiales, en las luces de Bengala, etc., el instinto no está aún bien relacionado con el concepto artístico del hombre: se nos presenta tan sólo como un placer natural experimentado por el organismo sensible en presencia de una excitación variada de diferentes nervios sensibles, necesaria para mantener á estos últimos en buen estado y perfecto vigor; pero la finalidad observada por todas partes en la estructura de los organismos vivos, cualquiera que sea su origen, no permite creer que se desenvuelva y mantenga en la mayoría de los individuos de buena salud, sin servir para fines determinados.

En cuanto el placer encontrado en la luz y en los colores y nuestra aversión á las tinieblas, son hechos constantemente demostrados, y estos dos sentimientos se armonizan con nuestro deseo de ver y reconocer los objetos que nos rodean. El horror que nos inspira la oscuridad proviene en gran parte del temor que experimentamos en presencia de lo que no conocemos y no podemos conocer. Una imagen pintada nos ofrece una contemplación mucho más variada, exacta y atrayente de los objetos representados, que un dibujo ejecutado con la misma perfección, pero en el que solamente se indiquen los contrastes de claro y oscuro. La pintura los indica lo mismo, pero nos presenta además marcas distintivas producidas por los colores, con ayuda de las cuales las superficies, que en el dibujo nos parecen de una claridad igual, señalan ya diferentes objetos, puesto que tienen diverso color, ó ya siendo de un color idéntico se presentan como partes de un mismo objeto ó de objetos semejantes entre sí. Al artista, aprovechándose de estas relaciones indicadas por la naturaleza, no le costará gran trabajo dirigir la atención del espectador sobre los objetos principales del cuadro con ayuda de colores distintos, fijarlos, separar las figuras por sus diversos trajes, y caracterizar á cada una de ellas aisladamente; y aquí hallamos la justificación que nos proporcionan los colores fuertemente saturados. Existe en este punto, como en la música existen, tonos

puros, espléndidos y armoniosos. Decimos: tal voz es más expresiva, es decir, el menor cambio de tono ó de timbre, la menor interrupción, cada aumento ó disminución de amplitud se observan en seguida más claramente que en una voz menos extensa y regular. Parece también que la sensación intensa producida por ella en el oído del auditorio conmueve más fuertemente que una excitación débil análoga lo hace en nuestros afectos y en nuestras asociaciones de ideas. Lo mismo sucede con los colores puros. Un color puro aparece, en comparación de los colores producidos por mezclas, como un fondo oscuro sobre el cual el menor efecto de luz es visible. ¡Cuánto más expuestas están á mancharse las telas de un color brillante que las telas grises ó de color medio! Y este hecho está en armonía con las consecuencias de la teoría de los colores de Young. Según ella, la sensación producida por cada uno de los colores fundamentales proviene de la excitación de una sola especie de fibras sensibles á los colores, mientras que las otras dos especies permanecen en reposo, ó cuando más experimentan una excitación relativamente débil. Un color saturado brillante produce por lo tanto una fuerte excitación, y deja, sin embargo, á las fibras del nervio óptico, que en aquel momento descansan, una gran sensibilidad bajo el punto de vista de las mezclas de otros colores. Los contornos de una superficie pintada dependen en gran parte de los reflejos de la luz de un color diferente recibida del exterior. A saber: si el color es brillante, los reflejos de los lugares brillantes tienen principalmente el color de la luz viva, siendo pronunciadas las sombras y vice-versa en los casos contrarios: una superficie blanca de gran claridad llega á desvanecer, y por tanto á ser insensible á las gradaciones débiles de la sombra. Así, pues, los colores intensos pueden, gracias á la fuerte excitación que producen, herir poderosamente el ojo del espectador y expresar la más ligera modificación en la forma ó en la luz, es decir, ser muy expresivos para la pintura.

Si, por otra parte, cubren superficies demasiado grandes, estas nos cansan rápidamente del color dominante y conmueven la sensibilidad bajo este punto de vista; y entonces aquel color se convierte en más gris, y su color complementario aparece sobre todas las superficies ya pintadas, y con especialidad sobre las superficies grises ó negras. Por eso los vestidos unicolores demasiado vivos y brillantes cansan y fatigan á la vista, y además estos vestidos tienen el inconveniente de reflejar sobre el rostro y manos del que los lleva el color complementario. El azul, en este caso, produce el amarillo; el violado, el amarillo verdoso; el rojo púrpura, el verde; el rojo escarlata, el verde azulado; é inversa-

mente, el amarillo produce el azul, etc., etc. Vemos, pues, que para el artista esta circunstancia entra por mucho, y que el color es para él un poderoso medio de dirigir á su gusto la atención del espectador. Para obtener esta ventaja es preciso que haga un uso moderado de los colores saturados, puesto que dispersan la atención y la imagen se hace confusa. Además es preciso evitar que el ojo del espectador se fatigue por la contemplación única de un color demasiado dominante, y se consigue este resultado extendiendo el color dominante con cierta parsimonia sobre un fondo mate débilmente pintado, ó bien poniendo unos colores saturados al lado de otros de la misma especie, de modo que produzcan cierto equilibrio en la excitación del ojo, haciéndose resaltar mutuamente y contrarestándose por sus imágenes posteriores. Así, por ejemplo, una superficie verde que recibe la imagen posterior verde de una superficie roja púrpura que se ha visto antes, presenta un verde tan saturado que no podría obtenerse igual sin semejante imagen posterior. Por la laxitud para la mirada del color púrpura, es decir á la mirada del rojo y violado, la mezcla de estos dos colores en el verde es débil, mientras que el verde por sí produce su completo efecto, y de este modo la impresión del verde está purificada de toda mezcla extraña. Hasta el verde más puro y saturado que el mundo exterior nos ofrece en el prisma solar, puede obtener de esta manera mayor saturación. Así se ve que hasta los otros grupos binarios de colores complementarios citados más arriba, se prestan brillo mutuamente para su contraste, mientras que los colores muy próximos se perjudican recíprocamente por sus imágenes posteriores y se comunican una tinta gris.

Esta relación entre los colores ejerce evidentemente una gran influencia sobre el placer que nos proporcionan diversos grupos de colores. Puede impunemente colocarse juntos dos colores tan semejantes entre sí que parezcan variedades de uno solo, producidos por una luz ó sombra diferente. Así, pues, las partes sombrías del rojo escarlata se pueden confundir con el rojo carmin, ó las del amarillo paja con el amarillo oro. Si se pasa de estos límites, se llega á combinaciones subidas como las del rojo carmin y anaranjado, ó este y el amarillo paja, teniendo entonces que aumentar la diferencia de colores para conseguir de nuevo combinaciones agradables. Las combinaciones más alejadas las unas de las otras son los colores complementarios. Estos últimos, unidos entre sí, por ejemplo, el amarillo oro y el azul mar, el verde gris y el púrpura, son duros y sin dulzura, tal vez porque nos hagan ver el segundo color surgir por todas partes como imagen posterior de la primera, y por esto el segundo color no se manifiesta sufi-

cientemente como un nuevo elemento de combinacion independiente. Por eso, por regla general, hallamos mayor placer en las combinaciones en que el segundo color del color complementario, se aproxima al del primero, distinguiéndose, sin embargo, con claridad: de este modo, el rojo escarlata y el azul verdoso son complementarios: y obtendríamos una combinacion aún más agradable, si hiciésemos pasar el azul verdoso, ya por un azul mar, ya por un verde amarillento. En el último grupo, el amarillo dominará, y en el segundo el rosa. Añadirá ventaja á nuestra vista, sobre estos grupos binarios, la reunion de tres colores que restablezcan el equilibrio de la impresion y por tanto eviten, á pesar de la intimidad del colorido, que el ojo se fatigue con un aspecto único, sin caer, no obstante, en los inconvenientes de los grupos complementarios. Así sucede en la combinacion tan á menudo empleada por los maestros venecianos, es decir, del rojo, verde y violado, y la de Pablo Veronés, es decir, rojo púrpura, azul verdoso y amarillo. La primera combinacion corresponde aproximadamente á los tres colores fisiológicos fundamentales combinados dos á dos. Además, es preciso notar que ha sido imposible hasta ahora establecer para la armonía de los colores reglas tan precisas y seguras como las dadas para los sonidos. Al contrario, el exámen de los hechos demuestra que una porcion de influencias secundarias juegan en este punto principal papel, con especialidad en los casos en que la superficie pintada debe dar simultáneamente, en totalidad ó en parte, una representacion de objetos de la naturaleza ó de formas corporales, ó si ofrece tan sólo una semejanza con la representacion de un relieve de superficies sombreadas y no sombreadas. Además, es muy difícil establecer de hecho qué colores producen, propiamente hablando, la impresion armónica. La dificultad es mayor para los verdaderos cuadros, en los que la coloracion del aire, los reflejos pintados y las sombras modifican el tono de cada superficie pintada aislada, si no está hecha con tal union y de una manera tan diversa, que apenas sea posible designar el tono de sus colores por un solo nombre. En estos cuadros tambien la accion directa de los colores sobre el órgano de la vision no es más que un medio secundario, puesto que por otro lado los colores y las luces dominantes deben servir tambien principalmente para llamar la atencion sobre los puntos más importantes de la obra. Ante estas razones prácticas y fisiológicas que dirigen al pintor, las consideraciones sobre la accion bienhechora de los colores desaparecen. Tan sólo en el arte ornamentario, en los tapices, telas y superficies arquitectónicas, reina el placer producido por los colores, y pueden desenvolverse con arreglo á sus propias leyes.

Por otra parte, en los cuadros no hay, en general, equilibrio completo entre los diferentes colores; uno de ellos domina hasta cierto punto, á saber, el que corresponde al color de la luz dominante, lo cual es un hecho resultante, en primer lugar, de la imitacion fiel de las condiciones físicas de la naturaleza. Si el amarillo domina en el claro, entónces los colores amarillos aparecen más brillantes y claros que los azules, porque los cuerpos amarillos son los que reflejan mejor la luz amarilla, mientras que los colores azules la reflejan débilmente y la absorben en gran parte. Al contrario, ante las partes sombreadas de cuerpos azules, la luz amarillenta de la atmósfera resaltará y convertirá el azul en gris más ó ménos fuerte. Lo mismo sucederá, aunque en menor grado, con el rojo y el verde, cuyos colores se convertirán en amarillo en la parte sombría. Además éstos fenómenos responden á las exigencias estéticas de la unidad en la composicion artística: provienen de que los colores divergentes muestran por todas partes, pero más detalladamente en las partes sombrías, su relacion con el color dominante del cuadro, hácia el que llevan las miradas. En donde falta esto, los diferentes colores aparecen de una manera dura y recortada, y como cada uno de ellos fija la atencion, producen por un lado una impresion difusa, engendrando la distraccion, y por otro, una impresion fria, puesto que falla el brillo de una luz esparcida sobre los objetos.

Tenemos en la luz de la puesta del sol un modelo natural de la armonía artística que es posible producir estableciendo bien la luz de las masas de aire. Extiende, hasta sobre el lado más pobre, un mar de luz y de colores y comunica una belleza armoniosa. La razon natural de este aumento de luz en la atmósfera consiste en que las capas atmosféricas de un color más tenue se extienden poco á poco en la direccion del sol, y tienen por este motivo mayor poder refringente; por otra parte, el color amarillo rojizo de la luz que ha atravesado la atmósfera se desenvuelve más distintamente sobre el largo camino que tiene que recorrer en aquel momento á través de las capas de aire más tenues; por último, este colorido resalta más fuertemente cuando el fondo comienza á cubrirse de sombras.

V.

Resumamos ahora en pocas palabras todas nuestras observaciones. Hemos manifestado desde luégo cuáles son las restricciones que es preciso emplear en la reproduccion fiel de la naturaleza en las obras de pintura. Hemos dicho que el principal medio dado por la naturaleza para juzgar de la extension del horizonte, es decir, la vision binocular, es un inconveniente grave para el pintor, pues nos hace

ver evidentemente que el cuadro es una superficie plana; habiendo añadido que, por esta razón, el artista tiene que escoger con gran cuidado el orden de perspectiva de los objetos, su sitio y su disposición, así como la luz y la sombra, á fin de darnos una imágen inteligible de su tamaño, forma y alejamiento; y que la reproducción fiel de la luz atmosférica es uno de los medios más eficaces para conseguir este resultado.

En seguida hemos visto que la escala de intensidades de luz, tal cual se nos manifiesta en los objetos, debe reducirse en los cuadros á una escala del todo diferente, en ocasiones hasta cien veces más pequeña; que el color de los objetos no debe ser de ningún modo imitado por el color de mezcla de materias colorantes, sino que es necesario acudir á grandes modificaciones en la distribución de la luz y de la sombra, sobre todo en los amarillos y azules.

El artista no puede copiar la naturaleza, debe traducirla; sin embargo, esta traducción puede darnos una imágen eminentemente clara y penetrante, no sólo de los objetos representados, sino también de las intensidades de luz excesivamente variables al poderse contemplar. Mejor dicho, la escala modificada de intensidades de luz se presenta con gran ventaja en muchos casos, puesto que suprime todo lo que en los objetos puede desvanecer ó fatigar, y de este modo la imitación de la naturaleza en los cuadros produce impresiones sensitivas más agradables.

Podemos fijarnos en la contemplación de una obra de arte con más calma y detenimiento que en la de la realidad. Las obras de arte pueden expresar esas gradaciones de luz y esos tonos de color en los cuales las formas resaltan más claramente, y, por lo tanto, con mayor expresión; pueden presentarnos una abundancia de colores brillantes, y haciéndolos contrastar con habilidad, mantener la sensibilidad del ojo en un equilibrio bienhechor. Así, pueden emplear atrevidamente toda la energía de fuertes excitaciones físicas y la sensación de placer que les es inherente, á fin de fijar y dirigir la atención; servirse de su variedad á fin de dar una idea más clara del objeto que se proponen representar, y, sin embargo, mantener el ojo en un estado moderado de excitación agradable, que es el más favorable á las percepciones sensitivas unidas estrechamente.

En las ideas que he expuesto he dado constantemente la mayor importancia á que las obras de arte puedan ser comprendidas fácil y exactamente en todos sus detalles, lo cual podrá parecer á muchos una consideración muy secundaria, pues si alguna vez la han mencionado los escritores de estética, frecuentemente la han considerado como cosa ac-

cesoria, en lo cual creo que se equivocan. La claridad material no es nunca un punto secundario y de poca importancia para los efectos producidos por las obras de arte. Cuanto más he estudiado las cuestiones fisiológicas relativas á estos efectos, más se ha impuesto la importancia de la claridad á mi entendimiento.

¿Cuál debe ser el efecto de una obra de arte, tomando esta frase en su sentido más elevado? Debe fijar y animar nuestra atención, despertar una rica variedad de ideas mezcladas en nuestra alma con los sentimientos con que se relacionan, y dirigirles hácia un fin común con objeto de mostrarnos en una imágen viva todos los rasgos de un tipo ideal y que giran dispersos en nuestra memoria en fragmentos aislados y cubiertos por la vegetación salvaje de la casualidad. Por este medio únicamente, parece explicarse el poder del arte sobre el alma humana, tan frecuentemente superior al de la realidad. Esta mezcla tiene siempre en sus impresiones algo que nos turba, nos distrae y nos hiere, mientras que el arte puede reunir todos los elementos capaces de producir la impresión á que se dirige y dejarlos obrar libremente. Este poder será tanto más grande, cuanto la impresión física que debe despertar la asociación de ideas (serie de imágenes) y los afectos que las relacionan sea verdadera, penetrante y variada. Para que sea viva y fuerte, es preciso que se obre segura, rápida, clara y detalladamente. Hé ahí, en el fondo, los puntos esenciales que he procurado reunir en la frase: claridad de las obras de arte.

Las particularidades del tecnicismo artístico á que nos han conducido las investigaciones ópticas y psicológicas se relacionan, en verdad, de una manera estrecha con los problemas más elevados del arte. Mejor dicho; no estamos lejos de creer que hasta el último misterio de la belleza artística, quiero decir, el placer maravilloso que experimentamos en su presencia, reside esencialmente en el sentimiento de la facilidad, armonía y rapidez con que las series de imágenes pasan por delante de nuestra alma y, á pesar de su rica variedad, marchan como por sí mismas á un fin desconocido y común, haciéndonos ver, con mayor certeza, leyes regulares ocultas hasta entonces, y permitiéndonos echar una mirada aún en las últimas profundidades de la sensibilidad de nuestra propia alma.

H. HELMHOLTZ,

Profesor de la Universidad de Berlin.

PRÓLOGO DE UN LIBRO

SOBRE

LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA.

Sr. D. Marcelino Menendez y Pelayo (1).

Mi muy querido amigo y paisano: Pasan los años, marchitándose las ilusiones, las esperanzas terrenales se disipan, los desengaños aumentan, desfallecen á una cuerpo y espíritu, el círculo de la existencia se va cerrando; pero el amor al suelo natal permanece vivo en mi corazón: ni el tiempo ni la ausencia, ni los trabajos y dolores le extinguen, ántes bien crece con ellos de día en día, haciéndose cada vez más íntimo, enérgico y profundo. Paréceme estar oyendo de continuo, *tristes y dulces al alma como la memoria de las pasadas alegrías*, los ecos vagos y *soledosos* de las distantes campiñas y de las apacibles tonadas, á cuyo arrullo dormí los sueños primeros, cual si me llamasen á terminar esta vida de tribulaciones allá donde empecé á correrla, feliz y descuidado, entre juegos y risas, caricias y flores. Sumido en amargura y desaliento, sin porvenir ya en el mundo, pocas ideas me apenan tanto como la de exhalar el último suspiro fuera del suelo bendito en que reposan las cenizas de mis abuelos y aún alientan mis padres y hermanos muy amados. ¡Cuán á menudo se me vienen á los labios, con indecible emoción y humedecidos los ojos, aquellos tiernos versos de Lista:

Dichoso quien nunca ha visto
Más río que el de su patria,
Y duerme anciano á la sombra
Do pequeñuelo jugaba!

Poseído yo de tales sentimientos, natural es que me complazca en explayar la imaginación por esas tierras cántabro-asturianas, como para consolarme de su ausencia, recorriendo en espíritu sus amenísimos valles y enriscadas cumbres, evocando sus antiguas glorias, fantaseando mejoras y progresos y deleitándome con el cuadro halagüeño de su futura prosperidad y bienandanza. Sin dificultad se comprenderá el inmenso gozo que experimento al recibir de esas montañas y marinas señales de cariño, noticias de hechos que enaltezcan á sus hijos, ó testimonios de su saber y cultura, tan elocuentes como las notabilísimas epístolas literarias que usted ha tenido la bondad de encabezar con mi humilde nombre, honrándole sobre todo encarecimiento y poniendo el suyo y el de nuestra comun patria á

(1) Esta carta del ilustrado y erudito Catedrático Sr. Laverde, es la contestación á las del Sr. Menendez Pelayo, que ya hemos publicado, sobre la filosofía española, y formará además el prólogo de la edición de esta obra, que se está preparando.

grande altura. Nuevo y muy preciado título de gloria será el libro de usted para nuestra literatura regional, hoy en alto grado rica y floreciente, pues, aparte de otros prosistas y poetas estimabilísimos, posee uno de los primeros filósofos contemporáneos en Fr. Zeferino Gonzalez, en Campoamor uno de los líricos más egregios, un insuperable novelista y pintor de costumbres en Pereda, un tan soberano artífice y maestro de la palabra como *Juan García*, y anticuarios y eruditos tan hábiles, laboriosos y concienzudos como Caveda, Arias de Miranda, Assas y Rios y Rios, dignos sucesores de los Campomanes, La Serna Santander, Cean, Floranes, Martínez Marina, La Canal y Pidal de otras épocas. Justo era que de ella saliese la valiente y animada defensa de los merecimientos del espíritu nacional que usted hace en sus *Cartas*.

Angústiamme sólo el motivo que le indujo á escribirlas, que es ciertamente para afligir al más insensible el ver que, en el último tercio del siglo XIX, cuando tanto ha avanzado en todas direcciones el genio de la investigación histórica, aún esté casi enteramente inexplorada la ciencia ibérica de los pasados tiempos, hasta el punto de que escritores, nada vulgares por otros estilos, no teman desconceptuarse negándola ó menospreciándola con singular uniformidad é insistencia, y haya sido preciso desenterrar la péñola apologética de Matamoros, Lampillas, Forner y Cavanilles, no contra menguados enciclopedistas traspirenaicos, ni frívolos abates italianos de la anterior centuria, sino contra famosos literatos y filósofos españoles del día presente.

Pero bien mirado todo, no tenemos por qué lamentarnos de su conducta. *Oportet hereses esse*. Si ellos no hubiesen caído en la mala tentación de remedar las añejas ocurrencias del asendereado colaborador de la *Enciclopedia*, habríale faltado á usted ocasión de enriquecer la literatura española con sus preciosas *Cartas*, en que tan brillantes muestras da de estar cortado por el patron de los Nebrijas, Vives y Brocenses. El caudal de doctrina y de noticias (muchas harto nuevas), la madurez y penetración de juicio, la destreza polémica, el orden amplio y desembarazado, y la soltura, originalidad y abundancia de estilo que usted ostenta en ellas, hácenlas dignas de ponerse con los dechados del género en nuestra lengua. Maravilloso en verdad es, en un jóven de veinte años, tal conjunto de cualidades, que pocas veces aparecen reunidas. Y el asombro sube de punto al considerar que esas *Cartas* han sido improvisadas *ex abundantia cordis*, sin desatender otras tareas literarias, de mucho mayor empeño algunas. Ahí están, para no dejarme por hiperbólico, los *Estudios poéticos*, donde en breve conocerá el público la maestría envidiable

con que usted, émulo dichoso de Búrgos, Castillo y Ayensa y otros preclaros traductores nuestros, interpreta en verso castellano las inspiraciones de la musa griega, latina, italiana, lemosina, portuguesa, francesa é inglesa; los *Estudios clásicos*, de que es un fragmento el bello discurso acerca de *La Novela entre los latinos*, por usted leído al recibir la investidura de doctor en filosofía y letras; el *Ensayo bibliográfico y crítico sobre los traductores españoles de Horacio*, escrito en 1873, y posteriormente acrecido con nuevos y peregrinos datos, por donde ya alcanza honores de libro; el *Bosquejo de la historia científica y literaria de los jesuitas españoles desterrados á Italia por Carlos III*, del cual han salido á luz, valiéndole á usted no pocos plácemes, diversos é interesantes trozos en *La España Católica*; los *Estudios críticos sobre escritores montañeses*, inaugurados con el tomo relativo á *Trueba y Cosío*, modelo de esta clase de monografías, dignamente ensalzado por el sabio Milá y Fontanals en el *Polybiblion*; la *Biblioteca de traductores españoles*, vasto tesoro de erudición biográfica y bibliográfica, en su mayor parte, y con infatigable aplicación y diligencia, ya reunida y ordenada; la *Historia de la Estética en España*, en que, por decirlo así, saca usted de bajo tierra una de las corrientes más fecundas y copiosas de la ciencia patria; y finalmente, la *de los heterodoxos españoles*, cuya *introducción*, que ahora se publica anticipadamente y á manera de *specimen*, manifiesta bastante la magnitud é importancia de la empresa y el talento y saber con que, de fijo, será desempeñada. Ópimos frutos prometía para el porvenir la lucidísima carrera universitaria de usted, discípulo fiel de la *escuela catalana*, educado por los Milá, los Rubió y los Llorens, que supieron cultivar y desarrollar sus nativas disposiciones... la cosecha lleva trazas de exceder á las más galanas esperanzas. Niéguele su admiración con afectada superioridad la ruin envidia y la vanidosa pedantería; yo no sé reprimirla, ni quiero disimularla; hallo en abandonarme á ella especial fruición, mezclada de noble y legítimo orgullo. ¿Qué mucho, si me cabe parte en la gloria de usted por conterráneo, por amigo y por identificado con sus ideas, sentimientos y aspiraciones?

Pero volvamos á la materia de sus *Cartas*, de la cual insensiblemente me he venido apartando. Comprendo cuán en lo vivo herirían á usted en su corazón de español y en su alma de erudito los reiterados menosprecios y negaciones de que es objeto nuestra ciencia, y no extraño, por tanto, el tono cáustico y desenfadado con que á veces habla de sus, en esta parte, desalumbrados autores. ¿Qué buen hijo, y más en el hervor de la juventud, si acaso tiene que vindicar la honra de su madre, pertinaz y sistemáticamente denigrada (no por malicia

de la voluntad, sin duda, pero denigrada al cabo), sabe contener su indignación, medir con absoluta serenidad sus expresiones y respetar escrupulosamente al agresor, sobre todo cuando la reputación de este es lo único que da alguna fuerza y autoridad á sus palabras en la opinión del vulgo circunstante? Paciencia heroica habría menester, y los Job son *rare aves*.

Harto más duros é incisivos, y de ordinario sin tantas circunstancias que lo atenuaran, han sido la mayor parte de los polemistas antiguos y modernos. Al cabo usted solamente descarga su *vis* satírica sobre flaquezas literarias, cuando ellos se entraban por la vida privada de sus contradictores, y hasta de sus defectos físicos hacían chacota, si ya no es que apelasen, para hundirlos, á la difamación y á la calumnia. Recuérdese, si no, cuán feroces y envenenadas solían ser las contiendas literarias del Renacimiento. Dejando aparte á Fillelfo, á Poggio, á Lorenzo Valla, á Scaligero, á Scioppio y á otros, justamente calificados por Nisard de *gladiadores de la república de las letras*; con qué rudeza atacó Erasmo á sus adversarios en religión y en filología! ¡á qué armas acudió para defendarse! ¡Qué invectivas dispararon contra él Estúñiga, Carvajal y Sepúlveda! Y en todo aquel siglo, ¡qué carácter tan personal y virulento no tuvo casi siempre la controversia entre católicos y protestantes, aunque fuesen hombres doctos y pasasen por juiciosos y moderados los sustentadores! El tratarse recíprocamente de *locos, asnos, ebrios, licenciosos, ministros de Satanás, demonios, incendiarios*, y otros excesos, era cosa común y corriente en las disputas que los humanistas trababan, siquier versasen sobre la más insignificante cuestión gramatical ó la interpretación de algún pasaje de los clásicos. Una rociada de improperios parecía la salsa de aquellas brutales pelamesas literarias. Y aun en tiempos de mayor delicadeza social, en el siglo XVII, ¡qué maligno y punzante no aparece Pascal, bien que con formas templadas, en las famosas *Provinciales*, donde á la par vulnera no pocas veces los fueros de la verdad y de la justicia!

Mas no necesitamos salir de nuestra propia casa. Recorramos la historia de las *guerras de pluma* en el siglo pasado, y encontraremos repetidos ejemplos de intolerancia y descomedimiento increíbles. El P. Feijóo, por lo común tan prudente y circunspecto, mostróse iracundo y altanero en la *Ilustración apologetica* de su *Teatro crítico*, proporcionada en verdad al modo descortés con que le impugnaran Mañer, Soto Marne, y otros escritores de aquella época. Del P. Isla nadie ignora que en toda polémica, aun de las más graves, sazónaba con sangrientos chistes todos los rasgos de su pluma. ¿Y quién ha igualado á Forner en el uso de la sátira despia-

dada contra todo linaje de enemigos? Lean los que á usted le tildan de acre y mordaz sus opúsculos críticos, y entonces sabrán lo que es *dureza, furia y personalidades*. Ni fué sólo Forner quien se desmandase en este punto: lo mismo hacían sus contrarios; Iriarte, Huerta, Sedano, Sanchez, Vargas Ponce, Ayala, no le iban en zaga por lo tocante á aspereza y dèstemplanza. Y en este mismo siglo, ¿no hemos presenciado las durísimas *fraternas* de D. Fernan Caballero á Miñano y otros geógrafos del año 29, y más acá, y prescindiendo de lides ménos ruidosas, la increíble por lo extremada entre Gallardo, D. Adolfo de Castro y Estébanez Calderon con motivo de la publicacion del *Buscapié* en 1848? ¿Ha llamado usted *caco ni biblio-pirata* á ninguno de los herederos de Mr. Masson?

No vengan á decirnos que esas eran riñas de plaza entre literatos y bibliófilos, gente levantisca y revoltosa, como que no conocen los *mandamientos del Ideal de la Humanidad* ni saben poner atento oído al *Imperativo categórico*; ni tampoco nos repitan que muy de otra manera se han en sus controversias los publicistas formales, los *científicos* y filósofos eximios. Nadie negará que á esta categoría pertenece el sabio escocés Hamilton, el cual, no obstante, empeñado en polémica con el doctor Brown, dijole cosas, por lo ménos, tan ásperas como usted á sus adversarios, llegando á afirmar de él que *rara vez citaba autores antiguos sin mostrar su absoluta incompetencia en las materias sobre que tan intrépidamente discurría*. Esto escribió Hamilton en la sesuda y flemática *Revista de Edimburgo*, por juzgar comprometida en aquella lucha la causa de la filosofía escocesa. No ha ido usted más léjos, á pesar de su sangre meridional y viveza juvenil, en una contienda en que andaban empeñados juntamente el crédito científico de España y el honor y la vida de la *filosofía española*.

No dejaré de aconsejarle, sin embargo, que en lo sucesivo, llegado el caso de habérselas de nuevo con los empedernidos sectarios de Mr. Masson, imite en lo que pueda al santo Patriarca idumeo, aunque ellos disten mucho de proponérsele por modelo. Así no les dejará usted, para encubrir su derrota, el tradicional recurso de exclamar: «¡Esos *neos* (por lo visto vuelve á estar de moda la palabrilla, que, para calificar á los admiradores de Vives, no tienen precio) siempre los mismos! ¡siempre empleando, en lugar de razones, insultos y diatribas! ¿Cómo discutir en serio con tales gentes?» Y privados de esta puerta falsa, ¿por dónde se escaparían?

Porque, á los ojos del buen sentido y de la crítica imparcial, que no se pára en la corteza de las cosas, usted ha conseguido sobre ellos señaladísima victoria. Empezaron asentando rotundamente que la vida científica de España estuvo oprimida y paralizada

por completo durante el período que corre desde los Reyes Católicos hasta la guerra de la Independencia. Sólo considerando cuánto suelen ofuscar aún á las más perspicuas inteligencias los prejuicios sistemáticos, acierto á explicarme cómo mi digno amigo y tocayo el Sr. Azcárate pudo aventurar proposicion semejante, máxime teniéndola de antemano refutada nada ménos que en la *Exposicion histórico-crítica de los sistemas filosóficos modernos*, escrita por el sabio autor de sus días, ferviente panegirista del movimiento intelectual de España en el siglo XVI. El convencerla de errónea no era por cierto difícil, y usted lo ha hecho cumplidamente, recordando los principales méritos de la *filosofía española*, enumerando los autores más ilustres que entre nosotros cultivaron las varias ramas del árbol enciclopédico, encomiando cual se merecen sus producciones y enseñanzas y dando alguna idea de los adelantamientos debidos á su meditacion y estudio. Su primera carta es un excelente resumen de la inmensa actividad intelectual desplegada por nuestros compatriotas en los tres siglos precedentes, á la vez que una demostracion palmaria de la ligereza y falta de verdad con que se pinta al *despotismo inquisitorial* como la causa única y más eficaz de nuestra decadencia científica y del menor progreso que en algun orden de conocimientos alcanzamos. ¿Qué obstáculos puso el Santo Oficio á Vives para señalar las múltiples fuentes de la corrupcion de los estudios, ni al P. Feijóo para fulminar su crítica incansable contra toda casta de errores y preocupaciones? ¿En qué vejó á Vallés, Gomez Pereyra, Isaac Cardoso y tantos otros por sus hipótesis y teorías físicas y psicológicas, para aquel tiempo tan osadas? ¿Qué persecuciones descargó sobre nuestros políticos y economistas en castigo de los principios y máximas, con frecuencia asaz radicales, que en sus libros expusieron? Si no impidió el florecimiento de las ciencias médicas, por los mismos adversarios reconocido, ¿con qué justicia puede imputársele nuestra relativa pobreza en las exactas, físicas y naturales?

Desalojados así de sus primeras posiciones, todavía no se dieron por vencidos los *massonianos*. Reconociendo, aunque á regañadientes, que el espíritu científico no estuvo del todo muerto en nuestros abuelos; han pretendido amenguar su importancia con sostener que aquellos sabios no pasaron de *voces aisladas sin enlace ni consecuencia con el proceso de la cultura europea*, por donde nada valen en la historia general de las vicisitudes del entendimiento humano. Mas como la negacion, sobre todo en absoluto, es siempre arriesgada, tropezaron de nuevo con la formidable oposicion de usted, que en otras dos cartas, amplificando especies ya apuntadas en la primera, puso de resalto á poca costa

la inanidad de sus juicios y el ningun fundamento de sus aseveraciones.

No se habrían metido en tan mal paso, si en vez de medir, como sin duda miden, lo pasado por lo presente, parasen mientes en ciertos datos históricos y reflexionaran sobre ellos. Hoy, es verdad, nuestra ciencia halla eco muy débil fuera de los lindes de la Península. ¿Para qué han de venir los extranjeros á buscar pálidas y desfiguradas reproducciones de su saber y enseñanzas? ¿Tenemos en el día pensamiento propio, digno de ser estudiado? Esto hemos adelantado con el insensato empeño de divorciarnos de la tradición nacional y abrirnos á todo viento de doctrina. Excepto un corto número, casi todos producto de neos y oscurantistas como Balmes, Donoso Cortés, Fr. Zeferino Gonzalez, Caminero... ¿qué libros modernos de ciencia española han salvado los Pirineos? No sucedía así en el siglo XVI, y aún en el decadente XVII. Entónces se traducían y reimprimían y leían con avidez en toda Europa las producciones de Fr. Antonio de Guevara, paisano nuestro muy ilustre, las de Granada, Quedo, Saavedra Fajardo, Gracian y otros mil, originalmente escritas en *castellano*, á tal punto, que una bibliografía de sus versiones sería inmensa y para España gloriosísima. Pues si esas obras, no todas de primer orden, obtenían tanta circulación entre los extranjeros, ¿qué no acontecería con las compuestas en *latin*, cuando este era el idioma comun de los sabios en el orbe cristiano? ¿Dejarían de infiltrarse y germinar en el espíritu de Europa y contribuir á su educacion intelectual las doctrinas, las ideas nuevas, los descubrimientos en ellas contenidos? Por otra parte, multitud de sabios españoles desempeñaban á la sazón cátedras en las principales Universidades italianas, francesas y alemanas; hasta en Polonia y Dinamarca tuvimos profesores. ¿Cabe en lo posible que sus lecciones cayesen como semillas muertas sobre los innumerales alumnos que á oirlas acudían? Si tan pobre y estadiza fuese nuestra ciencia, ¿habrían merecido tal aceptación en todas partes los libros y los doctores que la explicaban? ¿No prueba esto que íbamos, no á la cola, sino á la cabeza? ¿Cuándo se ha visto que los pueblos menos cultos manden en tanta abundancia lecturas y maestros á los más adelantados?

Numerosos hechos, cuya certeza é importancia sería monstruosa temeridad poner en duda, vienen en confirmacion de estas inducciones tan obvias como legítimas. Juan Luis Vives sembró los gérmenes del *baconismo*, del *psicologismo* escocés y aún del *cartesianismo*, que tuvo tambien antecedentes más inmediatos en otros filósofos peninsulares; las doctrinas metafísicas y teológicas de Molina, Vazquez y Suarez, que modificaron el *tomismo* en puntos ca-

pitales, dando origen á empeñadas controversias, extendiéronse con la Compañía de Jesus hasta los últimos confines del globo; los teólogos españoles fueron los oráculos del Concilio de Trento y de todas las escuelas del continente, adquiriendo superior concepto, aún entre los protestantes; con las obras de los místicos, recibidas donde quiera con extraordinario aplauso, nutrieron su espíritu San Francisco de Sales, Bossuet, Fenelon, etc., que no les superan ciertamente en profundidad ni en grandeza; en las de nuestros escritores filosófico-jurídicos, Vitoria, Ayala, Suarez, Domingo de Soto, bebieron Grocio y demas *organizadores* del Derecho natural y de gentes lo más selecto, puro y sólido de sus teorías; las de Huarte, Pujasol, Venegas y Bonet algo representan en el desarrollo histórico de la Frenología y de la Pedagogía, como en el de la Gramática general y de la Filología comparativa las del Brocense, Ariás Montano y Hervas y Panduro; ¿qué más? hasta las de nuestros físicos y naturalistas, en tan baja estima tenidos, aportaron no despreciables aumentos al acervo comun de la ciencia europea. De todo esto ha hablado usted acertadamente. Y ante hechos de tal calibre, ¿hay doctores españoles, y de primera nota, que crean posible escribir la historia del saber humano sin contar para nada con España!

No es de admirar, á vista de semejante fenómeno, que los extranjeros miren con poco aprecio la ciencia española y desconozcan sus servicios. Así, no extraño que Rousselot en su monografía de *Los místicos españoles* hable de Raimundo Lulio como de un loco, *verosímil sólo en el país de Don Quijote*, y llame *simples moralistas* á todos nuestros pensadores del siglo XVI, citando entre ellos á algunos que, como Sepúlveda, nada de *moral* escribieron, y hasta regatee su admiración á los sublimes *místicos* objeto de su libro, con tener por cierto y averiguado que *fueron ellos nuestra única* filosofía. Méenos extraño aún que Emilio Saisset, que á la cualidad de frances une la de no presumir de *hispanista*, en su obrita de los *Precursores de Descartes* ni siquiera miente los nombres de Vives, Juan de Vallés, Foxo, Henao, Bernaldo de Quirós, Arriaga, Valdés, doña Oliva Sabuco, Gomez Pereira, etc., de cuyos libros sacó ó pudo sacar el filósofo de la Haya la duda metódica, el entimema famoso, la doctrina del pensamiento y la extension considerados como constitutivos esenciales respectivamente del espíritu y de la materia, la de las ideas innatas, la teoría de las pasiones, la localizacion del alma en la glándula pineal, el mecanismo, el automatismo de las bestias, etc. Ni tampoco me sorprende que otros escritores franceses, que—como, por ejemplo, M. Leveque en la *Revue des Deux Mondes*—han ventilado recientemente este último punto—hoy de

alguna entidad por lo que se relaciona con la psicología comparativa,—hagan caso omiso de la *Antoniana Margarita* y de sus impugnadores. ¿Por dónde pretenderíamos que los extraños nos diesen ejemplo de *españolismo*, cuando no saben (salvo sus intenciones) dárnosle los propios?

Desde el comienzo de la presente contienda vióse asomar, en medio de las varias negaciones, digámoslo así, concéntricas, que la ocasionaron, y cual núcleo de ellas, una negación capital, en cuyo mantenimiento han revelado mayor empeño los *masónicos*, así como usted, por su parte, lo ha puesto no menor en echarla abajo; la negación de la *filosofía española*. Arrollados por la erudición y la lógica de usted, fueron abandonándolas todas sucesivamente; á esta de que hablo no renunciaron hasta el postrer momento, encastillándose en ella como en su último y máspreciado baluarte. Eran harto débiles sus fundamentos para que pudiese sostenerse mucho tiempo. No sé con qué derecho exigen los adversarios, como condición *sine qua non*, para que un pueblo pueda blasonar de tener *filosofía propia* y con ella opción á figurar honrosamente en los anales de la ciencia, el que ofrezca una serie de filósofos regimentados en forma de *escuela*, y que el influjo de esta haya trascendido al resto del mundo. Páreceme que con poseer cierto número de pensadores ilustres que, reflejando la índole del genio nacional, apareciesen unidos por comunes caracteres externos, bastaría. No tuvo más Italia, y de los chinos no sabemos que sus luces hayan llegado mucho más acá de las fronteras del Celeste Imperio. Con todo, á nadie se le ha ocurrido la peregrina idea de calificar de mitos á las *filosofías italiana y china*, y ménos de privarlas de los honores de la historia. Pero no necesitó usted valerse de esta clase de argumentos, supuesto que podía acometer de frente al enemigo, oponiéndole no una, sino tres creaciones filosóficas españolas, tres escuelas originales, de influencia en el pensamiento europeo, á saber: el *lulismo*, el *suarismo* y el *vivismo*, aun sin contar el *seneguismo*, el *averroismo* y el *maymonismo*.

La existencia del *lulismo* y del *suarismo* por ningún escritor razonable había sido hasta ahora puesta en tela de juicio; la del *vivismo* era más disputada; yo me atreví á afirmarla años há; usted la demuestra con pruebas irrefragables, evidenciando al propio tiempo sus extensas y profundas ramificaciones en la variada trama de las modernas teorías filosóficas. ¿Cuán fuera de camino van los que sólo consideran á Vives como censor de la Escolástica, cuando su poderosa crítica alcanzó á todos los sistemas entónces conocidos, y de todos formó proceso, y en todos encontró defectos y perfecciones! No sería absurdo un paralelo entre la obra científica de Vi-

ves y la de Santo Tomás de Aquino. Si el Angel de las Escuelas supo encauzar por las vías católicas las torcidas corrientes filosóficas de su siglo, depurando las doctrinas anteriores y organizándolas en una vasta síntesis; el polígrafo valenciano acrisoló la escolástica decadente, combinó con el oro que de ella extrajo lo más acendrado de otros sistemas, abrió nuevo sendero á la especulación dando importancia al procedimiento inductivo, reformó el método, señaló reglas para evitar los extravíos del entendimiento y *cristianizó* la filosofía *renaciente*; milagros todos de su espíritu imparcial y comprensivo, que le hizo, no entrever, sino formular con claridad y precisión incomparables cuantos principios habían de disputarse la arena filosófica en aquella edad y en las siguientes; pero sin extremar ninguno, ni sacarlo de su lugar propio y valor respectivo. Por tal razón, tuvo ménos discípulos *completos*, que secueces exagerados de alguna parte de su doctrina, los cuales, dividiéndose la herencia del maestro, corrieron en diversas direcciones, porque no abundan las inteligencias tan sintéticas y universales como la de nuestro filósofo, siendo, por el contrario, achaque frecuente, aun en pensadores esclarecidos, el contentarse con un solo principio y deducir de él las últimas consecuencias. Así Bacon, exagerando la *experiencia* proclamada por Vives, paró en el *empirismo* y engendró á Locke, como Locke á Condillac, y Condillac á Detutt-Tracy y á Cabanis. Así, Reid, huyendo del *escepticismo* de David Hume, se refugió en aquel juicio *natural* é instintivo de que habla Vives, y á imitación suya el Padre Buffier, y no acertando á salir del *sentido comun* ni á desprenderse de las reminiscencias baconianas, estableció un *empirismo psicológico*, sabio y fecundo, pero estrecho, que á su vez extremó Hamilton, desterrando de la filosofía toda especulación acerca de lo absoluto é *incondicionado*. Así, Descartes, tomando de los *vivistas* españoles su *racionalismo*, pero sin atenuación ni límites, dejó al descubierto altas verdades y, conscia ó inconsciamente, abrió la puerta á todos los *idealismos* posteriores. Y hé aquí cómo de Vives procede toda la filosofía moderna anterior á Kant, lo mismo en lo bueno que en lo malo, sin que, esto no obstante, se le puedan achacar las erradas consecuencias que infieles alumnos derivaron de principios suyos mal entendidos ó trastrocados del único lugar en que tenían solidez y fuerza dentro del conjunto de sus especulaciones. La Europa entera es discípula, aunque ingrata, de Vives, y no sin razón le reputaba Forner por igual á los mayores sabios de todos los siglos. España debe estimarle como la más elevada personificación de su genio científico, y ver en su sistema el molde más á propósito, por lo conciliador y comprensivo, para reducir á unidad armónica las diferentes teorías

de nuestros doctores, y de esta manera dar cuerpo visible, si se me permite la expresion, á la *filosofía nacional*.

En toda su apología, pero más, si cabe, en esta última parte de ella, hace usted ver prácticamente que no son incompatibles la cualidad de crítico profundo y la de consumado bibliófilo, desplegando, al par que un gran conocimiento de los pormenores históricos, recto juicio y perspicacia suma para examinarlos y discernirlos, clasificarlos y componerlos segun su respectiva importancia y mutuas conexiones. La notable participacion que en el crecimiento y desarrollo de la cultura científica europea, sobre todo de la filosófica, tuvo España, resulta patente y puesta en su debido punto, aunque con la brevedad propia de una polémica. De esta demostracion brota otra no ménos palmaria, y es que la historia de la ciencia, y especialmente de la filosofía moderna, tal como anda escrita, dejando á nuestra patria en casi completo olvido, carece de *integridad* y de *verdad*, puesto que no abraza toda la materia que le corresponde abrazar, ni refleja con exactitud el enlace real de las causas y de los efectos, y que por tanto debe rehacerse radicalmente, dando cabida en ella á la exposicion de las ideas de los sabios españoles, y partiendo de Vives, centro de la vida intelectual de Europa en la era del Renacimiento y progenitor de las principales doctrinas que florecieron ántes de la kantiana. Abundantes y preciosos materiales para esta obra ha reunido usted en sus *Cartas*, dirigiendo la atencion de los estudiosos hácia puntos poco conocidos, sacando de la oscuridad libros y autores dignos de remembranza y loa, rectificando noticias y juicios equivocados que corrían como indudables, señalando relaciones de que nadie se percataba entre unos y otros pensadores y sistemas, y determinando la existencia y entronques de ciertas escuelas hasta ahora confundidas en la masa comun é inclasificada de nuestro caudal filosófico. Por ello merece usted bien de la *ciencia*, ya en cuanto acrecienta desde luégo considerablemente sus dominios, ya tambien en cuanto le abre camino para nuevas y fecundas conquistas.

No es menor el servicio que usted presta á la *patria* volviendo por sus timbres científicos, de cierto más altos y estimables que las conquistas y hazañas sin cuento registradas en nuestros anales. Desmoronóse el poderío fundado en la fuerza militar y en las artes de la política; no perecerán nunca el genio de nuestros sabios ni la levantada inspiracion de nuestros poetas. Los segundos son universalmente conocidos y celebrados. Pero de los primeros, ¿quién se acuerda? ¿quién los lee ni estudia? Tarea en sumo grado loable es la de renovar su memoria y procurar que vuelvan á adquirir popularidad y fama; que al par de los nombres de Fr. Luis

de Leon, Ercilla, Cervantes, Lope, Calderon, Tirso y Quevedo, suenen de nuevo con aplauso, entre propios y extraños, como sonaban en mejores tiempos, los de Lulio, Vives, Foxo, Vallés, Gomez Pereira, Vazquez, Molina, Suarez, Domingo de Soto, Angel Manrique, Isaac Cardoso, Caramuel y tantos otros, y que, convirtiendo la vista á sus enseñanzas y tomándolas por base de sus ulteriores disquisiciones, recobre España su pristina *personalidad* é influencia en el mundo científico.

¡Triste de la nacion que deja caer en el olvido las ideas y concepciones de sus mayores! Esclava alternativamente de doctrinas exóticas entre sí opuestas, vagará sin rumbo fijo por los mares del pensamiento, y, como usted con mucho acierto indica, cuando acabe de perder los restos de la ciencia castiza, perderá, á la corta ó á la larga, los caracteres distintivos de su lengua, y los de su arte y los de sus costumbres, y luégo... estará amenazada de perder tambien hasta su integridad territorial y su independencia, que, mejor que con lanzas y cañones, se defienden con la unidad de creencias, sentimientos y gloriosos recuerdos, alma y vida de los pueblos. Y ¡cuán cerca de tan desdichada suerte nos hallamos en España! La demolicion comenzada en el siglo XVIII, se ha proseguido con ardor creciente en el XIX, amontonando ruinas sin medida ni término. Por el campo de nuestra filosofía han penetrado sucesivamente el *cartesianismo*, el *sensualismo* de Locke y Condillac, el *materialismo* de Cabanis y Detutt-Tracy, el *sentimentalismo* de Laromiguiere el *eclecticismo* de Cousin y Jouffroy, el *psicologismo* de Reid y Dugald-Stewart, el *tradicionalismo* de Bonald y el P. Ventura de Ráulica, el *kantismo*, el *hegelianismo*, el *krausismo*, y ahora andan en moda el *neo-kantismo* y el *positivismo*, estrechamente aliados. La ciencia española ha ido, entre tanto, desapareciendo del comercio intelectual. Precedentes insignes tenían en ella algunas de las referidas escuelas; pero (con una sola excepcion) los dedicados á propagarlas aquende el Pirineo, de todo se han cuidado ménos de empalmar sus doctrinas con las antiguas, *españolizándolas* en lo posible, para que así corriesen rodeadas de mayor autoridad y prestigio. Léjos de eso, hasta la *forma de exposicion* ha solido ser anárquica, mestiza, desapacible y de todo punto ajena á la naturaleza del habla castellana.

No ignoro (¿cómo había de ignorarlo?) que *la ciencia es una* y que *la verdad no tiene patria*; mas nadie negará tampoco que la verdad y la ciencia adoptan formas y caracteres distintos en cada tiempo y país, segun el genio é historia de las razas, á cuyas peculiares condiciones se atenta con la manía de introducir lo extranjero sin *asimilarlo* á lo propio. Infríngese una ley fundamental de la vida

así espiritual como física cuando á la *asimilacion* se sustituye la *superposicion*, nunca duradera ni fructuosa. De muy diverso modo proceden los misioneros católicos en las regiones donde reina el paganismo. Van á difundir la verdad, la verdad absoluta, superior á las opiniones y juicios varios de los hombres; no, por eso, prescinden de las creencias anteriores de las gentes á quienes intentan evangelizar; las examinan á fondo, las cotejan con los dogmas de la Iglesia, y siempre que de estos no difieren ó pueden, mediante plausibles interpretaciones, armonizarse con ellos, las traen y utilizan en su apoyo. ¿Qué hizo San Pablo cuando empezó su discurso en el Areópago diciendo á los atenienses que, al entrar en la ciudad, había visto la estatua del *Dios ignoto*, y que cabalmente de ese mismo Dios iba á predicarles?

La tradicion es elemento y auxiliar capitalísimo del progreso en todo. La falta de ella, la *solucion de continuidad* entre lo viejo y lo nuevo, explica por qué en la España moderna aparecen y mueren tan pronto los sistemas filosóficos sin llegar jamás á aclimatarse, y la facilidad con que sus adeptos pasan de unos á otros, como si en ninguno encontrasen estabilidad y reposo. ¿A qué debe, en cambio, Alemania el vuelo y preponderancia de sus escuelas sino á haber permanecido fiel en lo que va de siglo al espíritu nativo de su ciencia, con tener esta *tantos deslumbramientos y trapantojos*, como creacion de los que Hasmlton llama *visionarios filosóficos*,

Gens ratione ferax et mentem pasta chimeris?

¿A qué debió su prosperidad é importancia la escuela escocesa, sino á su rigurosa consecuencia y disciplina, sólo por el Dr. Brown quebrantada, y á su conformidad con el *sentido práctico* de la gente británica? ¿Por qué ha prevalecido en Francia el moderno eclecticismo, sino por sus conexiones con la doctrina cartesiana é invocarla constantemente en favor suyo? ¿Por qué, en fin, rayó á tanta altura la filosofía italiana en los dias de Gallupi, Gioberti, Rosmini, Mamiani y Sanseverino, sino por el colorido nacional que estos le dieron, presentándose como intérpretes y vivificadores de la antigua sabiduría de su patria? ¿Qué diferencia entre el auge y esplendor que entónces tuvo, y la pobreza á que ha venido desde que, abandonada aquella senda, la Península trasalpina se ha dejado invadir y dominar de las escuelas alemanas y francesas más funestas, favorecidas por el espíritu revolucionario y anticatólico! ¿Qué es al presente, ni qué supone Italia en el terreno de la especulacion filosófica?

Salta á la vista, pues, que importa en extremo á los pueblos no renegar de su abolengo doctrinal, ni limitarse á repetir más ó ménos servilmente lo que otros pueblos discurren y escriben. *Insistere vestigiis*, debe ser su divisa; acoger la verdad, sí, ven-

ga de donde viniere, pero ingiriéndola en el cuerpo de las que los siglos les legaron, y no aceptándola como prestada siempre que puedan ostentarla como de cosecha propia. Sólo de esta suerte lograrán en la línea científica vida robusta é independiente, consideracion y respeto. Impórtale á España muy especialmente seguir esa pauta, ya que, por fortuna, su filosofía de antaño—donde, á lo ménos en gérmen, se contiene casi todo cuanto de razonable y sólido encierran los libros de los modernos pensadores, y aún más que en ellos respecto á no pocas cuestiones—le ofrece, á la vez que seguros métodos, inagotable mina de excelentes materiales para las más variadas, atrevidas y grandiosas construcciones. Restaurarla, ilustrarla, ampliarla, embellecerla, siguiendo los designios de Vives, sea por tanto, de hoy más, su principal empeño, si quiere de influida convertirse en influyente en los futuros despliegues de la razon humana. A este fin han de contribuir sobremanera las eruditas epístolas de usted, y los atinadísimos proyectos que en ellas diseña. Muy conducente sería asimismo, en mi sentir, la composicion de una obra metódica, extensa y minuciosa acerca de la *Filosofía española comparada con la antigua y la moderna*, por el estilo de la relativa á la *crisiana* que tan justo renombre ha dado al napolitano Sanseverino.

Al par que como diligente obrero de la ciencia y como hijo amante de la patria, ha cumplido usted como buen católico vindicando la verdad histórica en punto al estado intelectual de España en las edades pretéritas, pues con esto pulveriza *ipso facto* uno de los argumentos que más á su sabor emplean frecuentemente los multicolores devotos del *Gran Pan* contra la Iglesia de Jesucristo, cual es el suponer efecto de su accion y predominio la que llaman decadencia de las naciones dóciles al magisterio de la cátedra de San Pedro. En la guerra que se hace á nuestra antigua cultura científica, entran por mucho, entre otras causas, la escasez de conocimientos bibliográficos, la poca aficion á leer libros viejos y en latin, la preocupacion y el espíritu de secta y de sistema; pero el móvil principal—usted lo ha dicho sin rodeos—es el odio al catolicismo, el insaciable afan de desacreditarle. La adhesion inquebrantable á este ha sido en todos tiempos una de las notas características del pueblo español; de ella nacieron la mayor parte de las proezas y maravillas obradas por nuestros padres. La *heterodoxia* intentó en repetidas ocasiones borrarla; siempre en vano. Nunca doctrinas impías ni heréticas echaron raíces en la Península ibérica; fueron, á lo sumo, *accidentes* transitorios. Usted lo patentiza admirablemente en su *Historia de los Heterodoxos españoles*. ¿Qué son, en el glorioso y dilatado curso de nuestra civilizacion, más que aberraciones de un dia

el *gnosticismo* de Prisciliano y el *adopcionismo* de Félix y Elipando? ¿Qué significan los olvidados desvarios de Hostigesis, Arnaldo de Vilanova, Gonzalo de Cuenca y Pedro de Osma? Ni el *protestantismo* en el siglo XVI, ni el *encicopledismo* á fines del XVIII y principios del actual, consiguieron torcer la índole unitaria de nuestra raza. Y en cuanto á los que, fuera de estos grupos, extravagaron de la ortodoxia, sabido es que, no obstante ser á veces hombres de talento privilegiado y mucha doctrina, ni hicieron prosélitos ni dejaron rastros en pos de sí, apareciendo en la historia como fugaces meteoros, como *fenómenos* aislados, sin antecedentes ni consecuencias. Hoy nos embiste el error nuevamente y con formidable aparato, valiéndose de todo linaje de armas, y para abrirse paso con mayor facilidad pone singular empeño en hacernos ver que todas las dolencias históricas de España provienen de su catolicismo. Una de ellas, acaso la más grave, es, á sus ojos, nuestra pretendida nulidad científica desde el Renacimiento hasta la edad que denominan novísima, y por eso se la cuelga á las *trabas é imposiciones dogmáticas*, prevalido de la ignorancia que en orden á nuestra pasada actividad intelectual reina generalmente entre doctos é indoctos. Señalado obsequio hace usted, pues, á la religion, trabajando por destruir esta ignorancia y dejar, como deja, fuera de duda que *no hubo semejante anulacion del pensamiento ibérico*, y que, por tanto, *carecen de base cuantas deducciones en ella se fundan*.

Tambien la falsa filosofía del siglo último llamó ese argumento en pró de sus dañados propósitos; tambien hubo entónces quien, á nombre de ella, preguntase enfáticamente: *¿qué se debe á España?* y entónces como ahora, salieron á la palestra valentísimos defensores de la cultura nacional. Quizá en algun punto anduvieron escasos; quizá en otros comprometieron demasiado su generosa causa. No ha de dudarse, sin embargo, que en la mayor parte de ellos obtuvieron sobre sus adversarios completísimo triunfo. Con todo, aquellas memorables apologías no han impedido á M. Masson resucitar en el año de gracia 1876, ni hecho innecesarios los denodados esfuerzos de usted para repeler sus tenaces acometidas y hundirle de nuevo en el sepulcro; y témome que, semejante á los vampiros, aún vuelva á levantar, cuando ménos se piense, la cabeza. Para evitarlo, es indispensable emprender con energía y constancia la ilustracion bibliográfica é histórico-crítica del saber de nuestros antepasados en sus diversas ramas, particularmente en la filosófica, llevando á cabo el magnífico *programa* por usted expuesto, que ha sido siempre el sueño dorado de mi vida. De vano, utópico é irrealizable sé que han de calificarle á boca llena los hombres de voluntad débil y tibio patriotismo; los españoles netos, los

verdaderos amantes de las luces, los católicos fervorosos y de elevadas miras no dejarán de tener fe en su éxito, y con fe contribuir á él, moviendo montañas, si preciso fuere; que la fe á tanto alcanza.

En ningun caso desmayemos: la obra es grande, es santa; requiere el concurso de todas las voluntades no marchitas, de todos los entendimientos no pervertidos por el error, de todos los corazones que no han apostatado de la religion ni de la patria. Con su directa colaboracion los doctos, con sus simpatías y aplauso los no letrados, coadyuven todos á esta empresa regeneradora, todavía posible, porque, á dicha, aún alienta el genuino espíritu de España, la cual no está reducida á las dos docenas de doctores más ó ménos flamantes que se arrojan el derecho de representarla en el estadio de la inteligencia. Pero acudamos pronto; el mal se ha hecho crónico, y cuanto más dilatemos la curacion, más difícil será extirparle. A los católicos exhorto muy principalmente. No en los campos de batalla, ni en las, de ordinario, estériles luchas políticas, sino en el ancho palenque donde usted bizarramente lidia, deben concentrar sus facultades y recursos. No cabe dar más útil aplicacion á los talentos y vigiliias del apologista ortodoxo; pocas materias, de seguro, la reclaman tanto. Vengan, pues, los sabios todos del orbe cristiano á defender y sacar del olvido la ciencia española. Defendiéndola, defenderán el catolicismo; sacándola del olvido, franquearán un arsenal riquísimo á los paladines de la Iglesia. Multiplíquense los diccionarios bibliográficos, las monografías, las publicaciones de todas especies acerca de nuestro pasado científico; acábase de recorrer el velo que lo cubre; no quede en él rincon alguno á donde no lleguen las luces de la erudicion y de la recta crítica; désele á conocer, en una palabra, plena, clara y detalladamente, y entónces M. Masson, que sólo á favor de la oscuridad revive, habrá muerto para siempre.

Levantada tengo años há esa bandera, y ¡loado sea Dios! no todo ha sido desdeñada hacia ella. Poco á poco va creciendo el número de los que creen en la ciencia española y desean que su historia se escriba y que su savia torne á vigorizar el espíritu nacional. Usted sólo vale por un ejército. Flaco siempre de entendimiento, y ahora, amén de esto, enfermo y dolorido, nada me es dado hacer ya para unir á la predicacion el ejemplo: estas líneas, salvo un milagro, pueden considerarse como mi testamento literario. ¿Qué importa? *Non omnis moriar*. Queda en pié usted, jóven alentado, corazon sano, cabeza potentísima, para continuar la tradicion de mis ideas y proyectos, y si, como ardientemente le pido, el cielo se digna otorgarle vida larga, salud y sosiego, conducirlos todos á felice término y remate. Lo que en mí fué humilde brote, será en usted árbol cor-

pulento y lozano, cargado de sabrosísimo fruto.
¡Cuánto me regocija y consuela, en medio de mis angustias y melancolías, el pensar que es usted, como yo, hijo de

..... la gran montaña en quien guardada
La fe, la sangre y la lealtad estuvo,
Que pura y no manchada,
Más limpia que su nieve la mantuvo,

y que, tal vez, á esa comarca está reservada la gloria de dar, como dió los primeros, el último y más avanzado paso en el camino de la *restauracion* científico-patriótica que anhelamos! ¡Cuán dulcemente me lisonjea el poder finalizar la presente carta y con ella mi carrera de escritor, apropiándome esta afectuosa estrofa de la oda de Cadahalso á Melendez Valdés:

Y yo, siendo testigo
De tu fortuna, que tendré por mia,
Diré: «Yo fui su amigo,
»Y por tal me tenia,
»Y en dulcísimos versos lo decía!»

Reciba usted el más cordial abrazo de

GUMERSINDO LAVERDE.

Lugo 30 de Setiembre de 1876.

GAY-LUSSAC.

Hemos recorrido los libros de más fama que constituyen la inmensa biblioteca de las ciencias físico-químicas y forman el preciado galardón y la perla más preciosa de la corona que ciñe la frente de los sabios autores de tan ricas joyas. En ellos hemos tenido multitud de ocasiones de admirar, entre otros varios de cuyo profundo ingenio han brotado las grandes verdades que forman los eslabones de la cadena científica, al que va á ser objeto del presente artículo.

Su nombre se halla por do quiera inscrito con indelebles caracteres, cual en serena noche de estío se encuentra brillantado el firmamento por multitud de estrellas cuyo centelleo nos recuerda la existencia de lejanas lumbreras. Así son sus múltiples creaciones en la ciencia que cultivó con tanto fruto como imperecedera gloria. De gran estima son las acabadas obras que su bien organizado cerebro concibió y á las que rinde culto el mundo científico entero. Es también una figura muy digna de hallarse en la honrosísima lista de eminencias de que venimos haciendo una ligera reseña biográfica, suplicando al lector aparte su mirada de la pequeñez de

TOMO VIII.

quien escribe, para fijarla solamente en el objeto á que dedica su tosca pluma.

José Luis Gay-Lussac nació el 6 de Diciembre de 1778 en San Leonardo, pequeña ciudad del Limousin. Su educación primera fué debida al virtuoso abate Bourdeix, que se vió obligado á emigrar en la época del terror durante la revolución francesa. Fué discípulo aprovechado, en términos que ingresó el 27 de Diciembre de 1797 en la Escuela politécnica, donde acabó su educación científica, para despues dedicarse á investigaciones propias, libre por completo de las trabas que siempre impone la vida de estudiante.

La buena fama que en el indicado establecimiento había dejado, influyó en su nombramiento de profesor repetidor de la Escuela politécnica, que tuvo lugar en 1.º de Enero de 1802.

Una de las constantes ideas de Gay-Lussac fué el estudio físico y químico de las altas regiones de la atmósfera, creyendo firmemente que había de reportar á la ciencia, en sus diversas manifestaciones, notables adelantos, como así en efecto ha sucedido. Quiso remontarse materialmente más allá de la region donde el águila cierne su vuelo, subir donde nadie había osado, para investigar la naturaleza y enseñar á la humanidad algo más de lo que ya sabía, acerca de ese flúido que la rodea y donde forzosamente se halla sumergida.

Para conseguir su intento le fué necesario emprender un viaje aerostático.

Siempre es arriesgado el elevarse en la atmósfera en un aparato sujeto por sus condiciones especiales á todo linaje de peligros, pero en la época á que nos referimos, en que las ascensiones habían sido en mucho menor número que hoy, se necesitaba más valor para emprender un viaje en globo y estar á merced de los vientos. Sabido es que la verdadera invención de los globos se atribuye á los hermanos Montgolfier, fabricantes de papel en Annonay, cuyo globo fué lleno de aire caliente por medio de la combustion de la paja, por cuyo motivo se han llamado mongolfieras á los globos de esta manera llenos. Un profesor de física en Paris, Charles, es el primero que empleó el gas hidrógeno en lugar del aire caliente, y el primer viaje aéreo lo emprendió Pilatre de Rozier el 21 de Noviembre de 1783 en compañía del caballero Arlandes, pero valiéndose todavía del aire caliente. Esta ascension partió del jardin de la Muette, inmediato al bosque de Bolonia. Diez dias despues repitieron dos físicos el mismo experimento valiéndose del hidrógeno.

Pero despues de gran número de ascensiones llevadas á cabo con más ó menos éxito, la que verificó Gay-Lussac en union con Biot, en 1804, fué la más notable, no sólo por la inmensa altura á que se

elevaron, sino por la multitud de datos con que enriquecieron á la ciencia.

El día 24 de Agosto de 1804, á las diez de la mañana, se elevaron desde el jardín del Conservatorio de artes y oficios, llegando á la altura de 4.000 metros, y el 16 de Setiembre del mismo año repitieron la ascension elevándose á más de 7.000 metros. Observaron en estas altas regiones una extraordinaria sequedad en el aire, en términos que el papel y el pergamino tomaban igual aspecto que si hubieran sido expuestos á la accion del calor. La respiracion y circulacion se aceleraron á consecuencia de la extraordinaria rarefaccion del aire. Gay-Lussac observó que su pulso aumentaba hasta 120 pulsaciones por minuto, siendo en su estado normal 66. El cielo adquiría una tinta azul intensa muy subida con tendencia á negro, y rodeaba á los aeronautas sepulcral silencio que solemnizaba aquella separacion del mundo de los vivos en que se hallaban.

Parece ser que cuando llegaron á determinada altura, quiso Gay-Lussac subir más y se despojó de algunos objetos que llevaba, entre ellos de una caja que fué á caer en un sitio poblado; como el globo era invisible en aquella elevacion y el cielo estaba completamente sereno, creyeron los habitantes que aquella caja descendía por arte mágico y se formaron multitud de conjeturas que la imaginacion, siempre inclinada á lo maravilloso, forja con facilidad.

Los resultados de estas ascensiones fueron el consignar que la humedad del aire disminuye rápidamente en las altas regiones de la atmósfera; que ésta se halla compuesta en todas sus partes de los gases oxígeno y nitrógeno, y que la fuerza magnética de la aguja imantada disminuye con la altura del aire.

Los diversos viajes que en globo se han hecho no han tenido, con raras excepciones, objeto científico como el emprendido por Gay-Lussac y Biot. Así es que, en el arte de la guerra, como medio de exploracion del campo enemigo ó de señal en las plazas sitiadas, y sobre todo el servir para entretener al público, han sido los objetos con que se han elevado y todavía se elevan hoy los globos, limitada considerablemente la utilidad que podrían prestar si la ciencia hubiera ya resuelto el problema de dirigirlos á voluntad del aeronauta.

Pero no se limitó Gay-Lussac á los viajes aéreos, sino que hizo varios terrestres, ya solo, ya en union con Humboldt. Observó diferentes erupciones del Vesubio é hizo apreciaciones geológicas de grandísima importancia.

Analizó el aire contenido en el agua, y observó que tenía diferente composicion que el aire normal, pues en cien partes existían treinta de oxígeno,

miéntras que el aire sólo contiene veintiuna cuando no se halla disuelto en dicho líquido.

El año 1807 estudió los cambios de volúmen que experimentan los gases y vapores por la accion de la temperatura, y dedujo una ley que lleva su nombre, de grande importancia en el estudio de los equivalentes químicos, y que se llama también ley de los volúmenes.

En union con el célebre químico Thenard, estudió los efectos de la pila eléctrica, de ese medio poderoso de cambiar la afinidad de los cuerpos, y continuó el camino que Davy había iniciado con el descubrimiento de algunos metales por la accion de la electricidad sobre sus óxidos.

Al año siguiente, 3 de Junio de 1808, le ocurrió un accidente desgraciado. Parece ser que estaba haciendo experimentos descomponiendo el agua por medio del metal potasio, y sabida es la facilidad con que los fragmentos de este metal inflamado se proyectan y esparcen en torno del operador, siendo precisas algunas precauciones para evitar terribles quemaduras. En este trabajo práctico se hallaba, pues, Gay-Lussac, cuando un fragmento de potasio inflamado le cayó en un ojo, á consecuencia de lo cual estuvo en peligro su vida, debiendo al eminente Dupuytren, gloria de la cirugía en el siglo XIX, la recuperacion de la vista.

Hizo en union también de Thenard importantes investigaciones acerca del ácido bórico, demostrando que era un compuesto de oxígeno y boro, y que el ácido fluorhídrico se componía de hidrógeno y fluor.

Pero, á no dudarlo, uno de los hechos que más le enaltecen es el haber entregado á la ciencia el iodo perfectamente estudiado, bajo los diferentes aspectos que debe conocerse este interesantísimo cuerpo simple. En efecto, bajo el punto de vista químico y en el concepto terapéutico, es el iodo una de aquellas sustancias que figuran en primera línea en el estudio de la química y la terapéutica, siendo en ocasiones útil reactivo, y, manejado con prudencia poderosísimo medicamento.

En el año 1809 fué nombrado Gay-Lussac profesor de química práctica en la Escuela politecnica, llevando á la cátedra el gran caudal de conocimientos adquiridos con el asiduo trabajo de algunos años, esmaltado por las deducciones que su talento claro le sugirió. Por este motivo fué acogido el nombramiento con singular aplauso de profesores y discípulos, que veían en el nuevo maestro un digno adalid de las ciencias fisico-químicas y una preciosa adquisicion de la cual había de sacar la enseñanza sazonados frutos.

El 3 de Junio de 1822 dió á conocer el aerómetro que se denomina alcoholómetro centesimal, precioso instrumento que nos indica mediante sencilli-

sima operacion la riqueza de un líquido alcohólico, apreciando su densidad valiéndose del aparatito flotante que lleva el nombre del eminente químico y físico, así como también nos manifiesta la densidad de los líquidos más ligeros que el agua destilada, dato necesario é indispensable para conocer la verdadera composicion relativa de los referidos líquidos.

Gay-Lussac modificó el barómetro de sifon, á fin de poder trasportarle á largas distancias sin temor de que sufra el aparato la menor alteracion, para lo cual utilizó las propiedades de los orificios capilares, en términos que prestó no despreciables servicios á las diferentes aplicaciones de la ciencia en que hay necesidad de practicar observaciones barométricas al propio tiempo que se emprenden largos viajes.

También ha quedado indeleblemente escrito el nombre de Gay-Lussac en el estudio analítico de los carbonatos alcalinos y los hipocloritos, por haber suministrado medios de conocer su pureza, practicando los ensayos denominados alcalimétricos y clorométricos, que si es cierto se encuentran hoy substituidos por los procedimientos del químico alemán Federico Mohr, no por eso dejan de merecer bien de la ciencia los métodos de Gay-Lussac, que todavía por muchos se practican hoy.

De la Escuela politécnica pasó á ser catedrático de la Sorbona, de ese establecimiento que tiene la gloria de haber sido la cuna de las mayores celebridades de la nacion francesa y cuyos vetustos muros infunden al barrio latino de Paris un carácter de severidad que en vano tratarán de borrar las modernas construcciones.

Gay-Lussac contó entre sus discípulos á Pelouze y á Fremy, y entre sus amigos á Humboldt y Arago; fué diputado en 1831 por su pueblo natal, demostrando valor en sus opiniones, aunque le fueran perjudiciales, no posponiendo jamás su conciencia á su conveniencia.

Publicó numerosas Memorias que constituyen rica biblioteca, donde están consignadas las observaciones que practicó en sus largas campañas científicas. Su muerte acaeció el 9 de Mayo de 1850 en Paris, pudiendo decirse que, al terminar aquella existencia, no fué cual la onda fugaz que produce la piedra en las aguas del tranquilo estanque, sino como estrella que lanza eternamente su brillo en el sereno cielo.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

MINUTA DE UN TESTAMENTO.

(Conclusion.) *

§ 3.

SECCION RELIGIOSA.

Bajo el aspecto religioso, la *Minuta de un testamento* dada á la luz por el Sr. W... adquiere proporciones que no ha alcanzado, ni con mucho, en la parte política: ya lo habrán adivinado nuestros lectores por las ideas anticipadas ó vertidas en los preliminares de este artículo. Dado el estado de confusion y lucha de los tiempos presentes, en que tantas y tan encontradas corrientes y soluciones religiosas batallan por conquistar, ora las condiciones de existencia que les son negadas por el Estado, ora el predominio absoluto á que aspira toda confesion que se cree depositaria única de la verdad; en que los espíritus más firmes y varoniles sienten conmoverse el edificio de sus creencias por ráfagas de escepticismo que de tanto en tanto lo combaten, cuando no por verdaderas tormentas que á veces, en el instante mismo de estar más unidos á Dios por la oracion, levanta en ellos la fuerza incontrastable de la duda; en un tiempo en que el mundo, lleno de planes, de sistemas y de sincretismos, no acierta á dar á luz aquel que mejor se adapta á su actual estado de desarrollo no ménos que á la verdad eterna, y se revuelve un dia y otro dia presa de las angustias del parto,—el libro del Sr. W... figurará, á no dudarlo, entre los más propios para servir de *parteros* en la hora suprema de la crisis por donde pasan irremisiblemente cuantos han sido tocados en su fe por el aliento vivificador del siglo. En este respecto principalmente, los servicios que está llamada á prestar la Minuta no tienen precio.

Su autor, más que idealizar y sublimar, fotografía la realidad: el testador no figura una individualidad aislada ni un tipo singular y excéntrico; es una personificacion acabada de su tiempo y aún de todo período de transicion en que se verifica una lenta y laboriosa renovacion de costumbres y de creencias, brotando y robusteciéndose las nuevas al compás que se van arruinando, sin cesar de defenderse, las antiguas. En virtud de las leyes de unidad y de periodicidad de la Historia (fondo de verdad contenido en los *ricorsi* de Vico), podemos inferir los caracteres de cada período en una Edad por los de sus homólogos en otra edad distinta; mayormente las crisis universales, aquellas que afectan á todas las esferas de la vida, descubren un asombroso parecido, y por esto puede anticiparse las fases que ha de presentar la crisis del siglo XIX con sólo atender á las

* Véase el número anterior, pag. 532.

del siglo V, y viceversa, restaurarse ó completarse el cuadro general de estas por los perfiles y bosquejo de las primeras.

Cuando nos representamos los agudos dolores que hubieron de atormentar en sus postrimerías á la sociedad romana, dividida en dos grandes agrupaciones, una de gentes que observaban el culto heredado de sus mayores, que adoraban los dioses con que Roma había nacido y se había hecho grande, que se dejaban ir á la corriente del uso y de la tradicion, sin curarse de indagar su legitimidad, y se decian los viejos latinos, los únicos fieles á la patria y representantes de sus destinos,—y otra de gentes que habían abrazado el cristianismo, y eran tenidos por tanto como advenedizos, apóstatas, reos de lesa patria, inspirados por reprobadas miras ó movidos por bastardas pasiones; cuando infundimos vida en nuestra fantasia á aquellos cuadros íntimos de la vida doméstica ó local que apenas han dejado rastro en las obras de los PP. de la Iglesia, y contemplamos al padre maldiciendo al hijo por ateo, que á esto equivalía para los romanos profesar el cristianismo (*atheism. christianorum*),—al marido acusando á su esposa de liviana, que para ellos no era otra cosa el nuevo culto que pretexto para todo linaje de obscenidades (*promiscuus concubitus*, etc.),—al escolar que recibiera señalados beneficios de un protector, perseguido cual ingrato y desnaturalizado, por haber renegado de la fe que éste profesaba y declarándose enemigo jurado de ella,—al hermano teniendo que esconder sus más íntimos afectos, porque veía espiado hasta su sueño, y asistir con la familia á las ceremonias del culto oficial, porque se le miraba con recelo, y oía decir que tramaba conjuraciones tenebrosas contra el poder, y aún que proyectaba inmolar á su familia para disfrutar su herencia, amparado en los nuevos sectarios,—al propietario denunciando á su colono cual fugitivo y vagabundo, porque la Iglesia primitiva formaba con los bienes de los cristianos un acervo comun del cual vivían todos,—al magistrado perseguido como apóstata, porque había desertado la religion oficial, trocándola por el culto de un delincuente ajusticiado,—al patricio bautizado, extranjero para sus propios hermanos, deshonrado ante la opinion por su *indignum facinus*, abandonado por los amigos y hasta por sus esclavos y libertos, tachada de locura su piedad, aislado como un réprobo en medio de la sociedad donde había brillado, á punto de que algunos, despues de haber adoptado la religion cristiana, regresaran al gentilismo, no disponiendo de suficientes fuerzas y presencia de espíritu para arrostrar esa fiera persecucion de las costumbres, de la literatura y del desprecio,—á los funcionarios del Estado que habían hecho profesion de fe cristiana, lanzados de sus destinos é inhabilitados para

todo cargo público,—al flámene apelando al ridículo para desautorizar la religion del Crucificado, y divulgando la voz de que ésta se cifraba en la adoracion de una cabeza de asno,—al hombre de ciencia no queriendo ver en el cristianismo sino un sistema filosófico extravagante, confuso, inexplicable, á propósito cuando más para satisfacer la codicia de algunos espíritus enfermos,—al filósofo alejandrino, esforzándose en probar seriamente que el cristianismo era falso y perverso é inferior bajo todos conceptos al culto helénico,—al retórico satirizando el bárbaro é indigesto lenguaje de las Epístolas paulinas y de los himnos eclesiásticos que convertían en indigna jerga la rica y hermosa habla que immortalizaran Ciceron, César, Horacio, Virgilio y Tácito,—al gran Jerónimo expulsado de Roma so pretexto de escándalo y atentado á las buenas costumbres, pero realmente porque estorbaba á los patricios este hombre peligroso que tan rápidamente atraía prosélitos,—á San Agustin teniendo que vindicar el cristianismo del cargo de enemigo de la República, que se le dirigía,—y por decirlo de una vez, al sistema todo acusado de monstruoso é irracional, y á sus partidarios de enemigos de la religion, de la propiedad y de la familia, de la lengua, de la patria y de todo el género humano;—cuando todo esto lo reconstruimos aproximando y soldando unos á otros los diferentes elementos que componían aquella civilizacion en decadencia, al modo como el paleontólogo reconstruye la vida prehistórica con huesos, piedras y carbones, nos anticipamos el cuadro de padecimientos intensos y cruentísimos dolores que actualmente laceran el corazon y roen las entrañas de nuestra sociedad ó le aguardan para más adelante, y enseñamos, poniéndoselo de bulto ante los ojos, á los que, perseverando por conviccion ó por rutina en las creencias de sus mayores, tratan inconsideradamente á los espíritus combatidos por la duda ó convertidos á otra fe, suponiéndoles intenciones dañadas y móviles mezquinos, el triste papel que vienen á desempeñar en la Historia. Son la hiel y el vinagre que multiplican y hacen más intensas las ansias de la agonía. No hay, no, angustia moral comparable á la del hombre que tiene la desgracia (desgracia es en este respecto) de sentirse divorciado de su tiempo en punto á creencias religiosas, cuando léjos de hallar en sus hermanos consideracion y ayuda para rescatar la calma interior, se siente acometido de todos lados y mirado como objeto de desprecio ó de maldicion, coronado de espinas, expuesto á la befa y al ludibrio de los hombres de mala voluntad (en situaciones tales siempre en mayoría), los cuales no se creen dignos si no le arrojan una piedra en señal de reprobacion.

La libre investigacion de la verdad y la profe-

sion sincera de lo creído por verdadero, son en ciertos períodos y en ciertos pueblos un verdadero Calvario. Los cristianos tuvieron el suyo en los últimos siglos de Roma, y hoy sus pretendidos herederos, trocados en verdugos, lo convierten en lugar de tormento contra los genuinos representantes de aquel generoso y divino espíritu que fortaleció su alma triste hasta la muerte y la sostuvo impávida y serena en medio de las amarguras de la persecución. ¡Felices aún si la saña y el odio no llegan hasta confundirlos con los hombres corrompidos, y acaso á posponerlos á los más empedernidos criminales! Desgraciadamente, no es raro el caso de que así suceda: entre dos hombres, el uno manchado con todas las impurezas que pueden afean la naturaleza humana, licencioso, estafador, embustero, duro de corazón, escéptico, que se ríe de la religión y abomina y denigra á sus ministros, pero que sigue cumpliendo mecánicamente los fáciles mandamientos de la Iglesia, mermados por las vicisitudes y las injurias de los tiempos,—el otro reflexivo, sincero, honrado, piadoso, recto, que respeta en su pensamiento, en sus palabras y en sus hechos los cultos como cosa seria y santa, que sólo santa y seriamente deben tratarse, que no hiere directamente con risa volteriana ó envenenada sátira, ni con destemplados ataques, ni con armas de mala ley, las creencias de nadie, que cree en Dios y traduce su creencia en su vida, procurando ajustarla al tenor de los infinitos atributos, bondad, justicia, misericordia, etc., que observa, en suma, los mandamientos de la ley de Dios, pero que no oye misa los domingos y fiestas de guardar, ni confiesa cuando ménos una vez al año,—puede darse casi por seguro que la sociedad más escogida no vacilará en acoger al primero en su seno, al paso que sentirá invencible repugnancia y antipatía por el segundo, y se hará de moda y de buen gusto convertir su nombre y sus palabras en proverbio de mofa, y sacarlo á cada paso á la vergüenza, é inventar cada día una nueva calumnia y un nuevo medio de descrédito: cuando otra cosa no se pueda, se buscará el efecto fingiendo compasión como si se tratara de un loco inofensivo. Tan poco hemos adelantado en diez y nueve siglos, que entre Barrabás y Jesús, la sociedad opta todavía por el primero, importándole poco que la sangre del justo haya de caer sobre ella y sobre sus hijos. «Ser un malvado ó un miserable, lo lleva consigo la decaída naturaleza humana; pero ponerse enfrente del sanhedrin y del ritualismo moisiaco, ¡qué abominación! *Crucifíxos!*» Hé aquí el criterio con que se guían, no tanto por malignidad como por rutinario hábito, las más de las gentes, que sin embargo se creen con derecho para ser tenidas por honradas y personas de bien. Cuando reflexionamos sobre esta vi-

ciada inclinación de nuestra naturaleza, poco ó mal cultivada, nos asalta la duda de si no tendrá el mal su raíz en nuestra oculta soberbia y satánico endiosamiento, en que suele agradarnos más tener delante de nosotros á un hombre inferior por su rebajada condición moral, para gozarnos con la falsa grandeza que nace del contraste, que á otro superior en merecimientos y virtudes, porque con su conducta, cuando no directamente con sus palabras, es una viva condenación y un remordimiento despierto á toda hora, y una severa lección de mortificadora elocuencia: al ménos, nosotros hemos visto repetido no há mucho, y con circunstancias agravantes, el ejemplo de aquel aldeano ateniense que iba á votar el ostracismo de Aristides porque le fastidiaba oírlo apellidar á cada instante el Justo.

El tipo ejemplar que nos ha presentado en acción el Sr. W... es por demás elocuente, y si de algo pudiera tachársele no sería ciertamente de exagerado, sino, al contrario, de haber atenuado y apagado no poco los colores de la realidad. Hubiera ensanchado más el cuadro para dar cabida en él al cúmulo de dificultades que suscitan estas tremendas crisis en el complicado mecanismo de las relaciones sociales, y el testador sería más acabado trasunto de la verdad histórica que en él se propuso representar y personificar el Sr. W...

Nació el testador en 1810. Bajo el influjo de las corrientes revolucionarias que obraban en la Península desde mediados del siglo pasado, su padre había abandonado en su fuero interno las creencias religiosas de sus padres, aunque sometiéndose en el externo á la hipocresía casi obligada que le imponían los tiempos; pero su madre, cumplidora escrupulosa de las prácticas y deberes religiosos, cristiana de veras, inspirada en todos sus actos y relaciones por la caridad, le infundió sentimientos religiosos tan profundos, y le enseñó á mirar las cosas concernientes á la Religión con una seriedad y respeto que ha conservado en medio de las vicisitudes por donde han pasado sus creencias religiosas; su padre no se opuso á ello, ni se le oyó jamás palabra alguna que arguyera dudas ó menosprecio por la religión. Estudió medicina. En el curso de su carrera no se apoderó de su espíritu aquel *materialismo* que en España ha ido envuelto casi siempre en la enseñanza médica; pero el estudio de las ciencias naturales influyó en sus creencias religiosas. Principió la crisis dudando de la exactitud de la cosmogonía bíblica: el enlace con que están encadenadas todas las verdades en el catolicismo le dió á entender que en esa primera duda iba envuelto lo que más importa al hombre en la vida, el problema religioso en toda su plenitud. Desde entónces se dió á estudiar con ahinco, al par de las demás ciencias, la

filosofía y crítica religiosa. En medio de la angustia que las dudas le producían, dos cosas le sostuvieron constantemente: una, que jamás vaciló en punto á la existencia de Dios; otra, que nunca dejó de mirar con respeto y amor al cristianismo. Asistíale para esto razones fundamentales y de esencia que en el testamento declara; y estimando por otra parte grave y delicado abandonar una fe sin previo y maduro juicio, continuó practicando el culto como hasta entónces, aunque más de una vez le mortificase, porque la conciencia le acusaba de faltar á la sinceridad. En aquel tiempo nadie se ocupaba en España de religion, por lo cual «vino á contraer el hábito de no hablar con nadie de esta materia, principalmente porque apénas si era posible encontrarse sino con fanáticos ó con volterianos: aquellos no le habían de oír á él ni él quería oír á estos: no esperaba encontrar en los primeros amor y caridad, no obstante creerse tan cristianos, ni en los últimos luz y ciencia, á pesar de creerse tan sabios.»

Así pasaron algunos años de combate interior: poco á poco, al calor de la meditacion, ayudada por las obras de los teólogos, se fueron disipando las nieblas que interceptaban el paso de la verdad á su inteligencia, y aplacándose la tormenta que robaba la paz á su atribulado espíritu. Despues de muchas vigiliás y angustias que más de una vez le costaron lágrimas de sangre, llegó un dia en que terminaron las vacilaciones y las dudas, y se resolvió aquel gran litigio que ventilaban la razon humana y la tradicion ante el tribunal de su conciencia, y pudo formular su profesion de fe en estos términos:

«Creo en un Dios personal y providente, á quien me considero íntimamente unido para la obra de la vida (la cual por esto mismo debe revestir el carácter de piadosa), y respecto de quien me reconozco dependiente y subordinado como sér finito; siendo esta intimidad y esta dependencia el doble fundamento en que se asienta la Religion, la cual es á la vez forma de la vida toda—en cuanto nuestros actos han de llevarse á cabo en vista del destino universal y en acatamiento á las leyes y voluntad de Dios,—y fin sustantivo y propio,—teniendo en este sentido como manifestacion exterior el culto, cuyo elemento esencial y primordial es la oracion. Creo en la vida futura, y por tanto en la inmortalidad de nuestro sér, de nuestro espíritu con un cuerpo, habiendo de conservar siempre el hombre su individualidad esencial, no la pasajera y temporal, debida á las circunstancias de la vida terrena; y habiendo de encontrar todos, más pronto ó más tarde, segun sus merecimientos, un momento en el infinito tiempo, en que se regeneren y salven. Creo que la providencia de Dios alcanza, como su amor,

á todos los pueblos y á todas las épocas, que en toda la Historia se muestra por igual, y que preside, por tanto, á todas las revelaciones religiosas verificadas en la conciencia humana á través de los siglos, en los cuales existe por lo mismo un elemento divino y eterno al lado del temporal y transitorio. Creo que la manifestacion más alta y más divina de la vida religiosa hasta hoy es la cristiana, en cuanto ofrece al hombre como ideal eterno el Sér absoluto é infinito, como ideal práctico la vida santa de Jesus, como regla de conducta una moral pura y desinteresada, como ley social el amor y la caridad, como dogma el *Sermon de la montaña*, como culto la *Oracion dominical*.»

El testador habia llegado por el camino de la reflexion propia al mismo *Credo* que sirve de cimiento al llamado *unitarismo*, y tambien *cristianismo liberal*, punto de conjuncion, como dice el Sr. W... donde han venido á encontrarse la filosofia y la religion positiva, el teismo racionalista y el cristianismo protestante, y que cuenta numerosos adeptos en Suiza, Francia é Inglaterra, y más aún en los Estados norte-americanos, patria de sus ilustres iniciadores y propogandistas Channing y Packer.

Fijo ya en esta profesion de fe y norte de vida religiosa, el testador quedó en paz con su conciencia. Sin embargo, no le fué dado disfrutarla completa desde luégo, porque detras de ese problema se alzaba otro que por un aspecto ofrecía caracteres mayores de gravedad. Había contraído matrimonio y habia tenido hijos: su mujer, á quien amaba entrañablemente, era piadosísima católica: sus hijos, á quienes idolatraba, habían sido educados en el catolicismo por su virtuosa madre. Ahora bien: ¿cómo debía conducirse respecto de aquella y de estos en punto á religion? ¿Debia ocultarles la transformacion que habia experimentado su espíritu? ¿Debia por el contrario revelárselo todo? Con lo primero engañaba al sér con quien vivía en casi absoluta intimidad, y teniendo que practicar un culto que no era el suyo, mentía convicciones y creencias á que su espíritu era ya completamente ajeno. Con lo segundo, se exponía á abrir un abismo entre su espíritu y el espíritu de su mujer, á la cual amaba más que á sí propio, ó por el contrario á hacer vacilar su fe y acaso matarla sin que otra la sustituyese, cuando no á colocarla en los comienzos de una crisis más dolorosa y terrible que la que él habia experimentado. No era, á la verdad, tarea llana desatar este nudo, llevar á solucion este dilema, en los términos en que lo habia planteado el Sr. W..., y sin embargo, lo ha ejecutado con tal arte y maestría, que bien puede reputarse esta parte como la más delicadamente trabajada de todo el libro, bajo el punto de vista del arte lógico y expositivo.

Dos problemas tenía que resolver: uno interior,

choque de la creencia religiosa antigua con la duda, dentro de su propio espíritu, para llegar á otra creencia de incontrovertible verdad para su pensamiento: otro exterior, choque de esa creencia definitiva con la antigua, dentro de la familia, para ganar el derecho de pacífica existencia y de vida normal y regular en ella. El autor ha estado respecto del primero sobradamente dogmático; ha hecho poco hincapié en los razonamientos y no nos ha trazado ni figurado el difícil y accidentado itinerario que ha ido recorriendo el pensamiento en esa laboriosa gestación de la verdad en el seno de la preocupación y del error: en el segundo, por el contrario, ha dibujado un cuadro psicológico que haría honor á Moreto ó á Victor Hugo. Agrada presenciar esa lid honrosísima en la cual los dos contendientes pelean por una misma causa, animados por el amor, no por el odio como en los combates ordinarios, para mantener la superior unidad que constituyen ambos, no para conciliarse sobre la base del vencimiento: los preparativos de la lucha y los ataques de flanco del más comprometido, acusan un táctico consumado: la generosidad y grandeza de alma del atacado enamoran y encantan: no hay ardidés para engañar al adversario; se le quiere persuadir, no vencer: el compás está en el corazón, y de allí salen también, envueltos en lágrimas, los proyectiles que la razón le suministra para esa noble campaña de la verdad y el amor. Al fin se salva la amenazada unidad del matrimonio; los dos esposos logran avenirse. El testador creía que los principios fundamentales del Cristianismo son iguales para todas las sectas, los cuales, cuando tienen verdaderas raíces en la conciencia, determinan una vida igual cuyo fondo común afirman todos al emplear los términos civilización cristiana, vida cristiana, etc., y que al lado de esto, las diferencias dogmáticas y litúrgicas, debidas en gran parte á circunstancias históricas, tienen escasa importancia. Así que, conformes en esta base esencial, ya no les fué difícil convenir en lo tocante á la parte de culto que debía continuar siéndoles común, tanto en el hogar como en el templo, y la que debía ser privativa de cada uno. Arreglos y composiciones cuya escabrosidad reconoce el mismo Sr. W... y alguno de los cuales nos parece á nosotros de dudosa eficacia. En cuanto á los hijos, no hallaron gran dificultad, dada la cooperación que entrambos habían prestado á la obra de su educación: la madre los había imbuido en los dogmas del catolicismo y en las prácticas de su culto: el padre, sin contradecirles nunca, había procurado constantemente mostrar ante sus ojos el fondo esencial del cristianismo: aquella los había hecho católicos, este cristianos, de modo que eran una y otra cosa, á diferencia de tantos otros que viven contentos y tranquilos con ser sólo lo primero. Ahora seguirían lle-

vando la misma marcha, hasta tanto que, llegados á cierta edad, fuera preciso no imponerles trabas para la propia investigación de la verdad religiosa, sin por esto abandonarlos en absoluto á sus solas fuerzas ni negarles consejo, ayuda y enseñanza. «En cuanto á las explicaciones que pidieran las gentes (dice el testador), nuestra conducta sería distinta según la condición de las personas. A los amigos cariñosos é ilustrados debíamos dárselas sinceras; á los preocupados, exigirles en nombre de la caridad evangélica una prudente espera; á los impertinentes nos excusaríamos cortésmente de contestar, y á los frívolos y escépticos les haríamos comprender el respeto que merece todo cuanto atañe á la conciencia religiosa del hombre.»

Tal es, en sumario bosquejo, la historia religiosa del testador. Tomando por pie y ocasión cada una de las dudas, zozobras, conflictos, planes y transiciones de que está tejida, expone el autor doctrinas y hace reflexiones que completan la narración del testador por su lado doctrinal. Desestima el llamado *catolicismo liberal* y el *protestantismo histórico*. Hace patente el abismo que separa al hombre irreligioso por frivolidad, al volteriano vulgar, al escéptico ligero y mundanal, del pensador sincero y piadoso que respeta todas las manifestaciones del espíritu religioso, que se aparta de una comunión por exigirselo imperiosamente la conciencia, y que, en medio de las vicisitudes de su creencia, conserva vivos en su alma los eternos fundamentos de la religión. Ridiculiza la ligereza reinante entre los *esprits forts* que de la vida licenciosa de un clérigo ó de las exageraciones de una beata, se elevan rápidamente á la negación de Dios, ó á pronunciar cuando de esto se trata un ¡quién sabe! en tono misterioso, como si fuera fruto aquella duda de una reflexión seria, detenida y madura; y asegura que una de las causas principales del silencio y de la reserva que se imponen muchas personas en nuestro país en punto á creencias religiosas, es el miedo á los aplausos de ese escepticismo ligero y frívolo, y á la confusión que por lo mismo se engendra en las almas piadosas, las cuales envuelven en el mismo anatema á personas y cosas que son muy distintas. Deplora por otra parte que el creyente mire al que no lo es como un apestado y vitando, sospechando ó diciendo que probablemente se ha desligado de una creencia religiosa determinada para vivir más á sus anchas, cuando tal vez se ha quedado con los deberes y responsabilidades que aquella le imponía, sin sus consuelos y esperanzas: en un país como el nuestro, es irracional y hasta inhumano indicar siquiera á un espíritu serio y juicioso, que se ha apartado del catolicismo por gusto, por comodidad ó por moda: la historia referida en este testamento muestra la serie de conflictos y pro-

blemas, á cual más graves y delicados, que producen estas crisis, los cuales se habría ahorrado su autor permaneciendo en el seno de la Iglesia. Se queja amargamente de que por una aberración inconcebible, al paso que el que no cree en el catolicismo, ó creyendo en él no practica el culto, y hasta el que critica con espíritu escéptico ó con la sonrisa y el desden sus dogmas, sus misterios y sus ritos, es tolerado y admitido al trato de los buenos católicos, que esperan entre por el buen camino con el tiempo y con los años, el que despues de penoso trabajo y larga meditacion adopta una nueva fe, afirmando siempre los esenciales fundamentos y valor de la religion, y respetando con profunda sinceridad por lo mismo todas las creencias, este es mirado con horror, considerado como *vitando*; y no falta quien, demasiado fácil en admitir en la intimidad de su trato y amistad al hombre corrompido, vicioso ó inmoral, le asusta el contacto de aquel otro que es quizá honrado y piadoso, pero que no es católico. Recuerda que de los dos aspectos que á su juicio presenta la religion, uno como fin sustantivo y propio, otro como forma de la vida toda, sólo el primero es el que atienden muchos que se creen y pasan por personas piadosas, degenerando á veces este punto de vista parcial en un culto puramente externo, seco, desligado de la vida, que nada influye en esta ni á ella trasciende para nada, resultando así un *ateísmo práctico*; que de poco sirve creer en Dios si luégo se vive como si en Él no se creyera. Por esto, añade, debe ser aspiración comun de todas las comuniones cristianas, y hasta de aquellas que profesan la religion natural, pues á todas igualmente interesa la restauración y renovación de la *vida cristiana*; ya que hoy por hoy, los principios de caridad, amor y humanidad consignados en el Evangelio, los tenemos siempre en los labios, pero rara vez determinan nuestra conducta.

Este divorcio entre la Religion y la vida, que el Sr. W... pone así de bulto, es una dolorosa realidad y trae muy lejano abolengo. El principio de que sin las buenas obras no hay salvación, ha caído en completo desuso en el seno del catolicismo, á no ser que se entienda por buenas obras las prácticas exteriores del culto: semejante á aquellas prescripciones del derecho inglés consignadas en sus antiguas leyes, pero no practicadas, que ruedan no obstante por las obras de los comentaristas como recuerdo de venerable ruina, aquel principio ha quedado relegado á la parte especulativa de la religion, imperando en la práctica el principio de que en la fe y en el culto consiste la piedad; y que sólo los flacos de espíritu y que no entienden el arte de la vida, pueden incurrir en la locura de querer trasladar las máximas evangélicas á las transacciones ordinarias y al trato social. Caridad,

tolerancia, espíritu leal y sincero, sencillez y pureza en las palabras, lisura y franqueza en el trato, fraternidad, abnegación, vestir al desnudo, visitar al enfermo, consolar al preso... palabras muy bellas para dichas en el templo, y sobre todo para dichas en latín; pero en la vida comun, ¡bah! la vida comun es muy otra cosa: lo imperfecto de nuestra naturaleza trae consigo exigencias que no es posible satisfacer con esa pauta: la lucha por la existencia, el *go ahead*, las relaciones mercantiles, el progreso industrial, la competencia desenfrenada, las contrariedades políticas, el régimen de los partidos, los arreglos internacionales, nada de esto cabe en los estrechos moldes del Evangelio; necesitan base más ancha y cánones más amplios y elásticos que los de la ley de Dios. Corriente, si ustedes gustan; pero al ménos permítanme que arranque la máscara de virtud con que se disfrazan á ratos, y les dé su verdadero nombre, el de sensualistas, positivistas y ateos. ¡Obras, obras! En ellas va esenciada y supuesta la creencia, como en el hecho la idea madre que lo determina. En el reino de Dios no se habla otro lenguaje que el de los hechos, ni se admite tampoco más prueba ni más justificación. Sólo las obras nos santifican y acercan á Dios y nos rescatan del pecado, del error, de la injusticia y de todo otro mal; no los ruegos ni el vano clamoreo de las liturgias. Prefiero hombres que como Malthus y Owen condenan con acritud y dureza ciertas virtudes evangélicas, pero que las practican con el fervor de los Asisios y Paules, que predicán, v. g., la necesidad de dejar morir de hambre á los pobres porque para ellos no hay puesto en el festin de la naturaleza, pero que les reparten su comida y cuanto poseen á esos bienaventurados creyentes, moralistas epulones á lo Salustio y Séneca, que se levantan airados contra Malthus y su escuela, repitiendo á coro el precepto cristiano: «dad de comer al hambriento,» pero que dejan vivir en triste orfandad y morir de hambre á los desheredados de la fortuna, quizá á los mismos á quienes ellos han disputado y ganado ó usurpado el lugar que ocupaban en la mesa de la humanidad. Apréciase el árbol por sus frutos, y no por el murmullo que producen sus hojas batidas por el viento. La creencia sin obras, lejos de constituir una religion, constituye una mentira y una ofensa contra la religion, porque obliga á prometer á Dios todos los dias lo que no se piensa cumplir en ningun tiempo; y si de algo sirve, es de fuerza negativa que adormece ó atrofia las energias virtuales que residen en todo espíritu y que sólo se despiertan y desarrollan con la meditacion y el hábito de bien obrar. No por otra cosa, nuestro pueblo, sempiterno Sancho por sus malicias, eterno niño por sus verdades, ha hecho gala y empeño de asociar siempre la idea

de beato y extremado en las prácticas del culto con la de duro, embaucador, liviano y amigo de lo ajeno. «Ante la puerta del rezador, no pongas tu trigo al sol. De quien pone los ojos en el suelo, no fies tu dinero. A clérigo venido de fraile, no le fies tu comadre. Ni fies mujer de fraile, ni barajes con el alcalde. Ovejita de Dios, el diablo te trasquile. Cuentas de beato y uñas de gato. Beatas con devoción, las tocas bajas y el rabo ladron. La cruz en los pechos y el diablo en los hechos. Predicaba el fraile que nadie debe robar, y tenía el ansarón en el escapulario. Rogar al santo hasta pasar el tranco; ó como dicen los portugueses: o rio passado, o Santo nao lembrado. Dios te salve, Mendo:—no á mí qué estoy comiendo. Etc.» En estos y otros muchos refranes de la Edad Media, el pueblo satiriza y flagela la pretendida religiosidad que se funda *de hecho* en la sola creencia, é indirectamente declara su ideal religioso, ese ideal que no ha estado en los pasados siglos ménos distante de la realidad que lo está hoy día. No debe entenderlo así el autor de la *Minuta*, cuando habla de una renovacion de la vida cristiana. Creemos que la cuestion no es ya de palingenias, sino de génesis! Estamos todavía en el principio, y la edad de oro del cristianismo no es ménos fabulosa que la ovidiana.

Creemos también que la Religion es una forma de la vida, como la moralidad y como el derecho, y en consecuencia, que no puede despegarse de los hechos ni constituirse independientemente de ellos como algo sustantivo y propio de sí, en la manera que lo han practicado hasta hoy las religiones históricas. El Sr. W..., atribuyendo á la religion mayor amplitud y excelencia que á la moralidad, adopta un temperamento medio, y reconoce en ella el doble carácter de fin sustantivo y de forma de los actos al propio tiempo.—Obrar el bien en toda relacion y en todo momento, y cualquiera que sea su naturaleza (justicia, trabajo, enseñanza, etc.), por consideracion á la esencia y voluntad de Dios, Bien infinito y absoluto, y con propósito de ser su cooperador en el mundo: en esto estriba la religion. Escrutar las verdades del orden del espíritu ó de la naturaleza, fiados en que Dios, el Dios vivo que tiene su trono y su morada en el centro de nuestro sér, como decían los místicos, ha de revelárselas en premio de su esfuerzo, alzando el velo que las tenía como latentes y ocultas en el fondo de la conciencia: esto es lo religioso, y no el acoger perezosamente como tales verdades las que se le dan cual dogma de supuestas revelaciones exteriores, cuya realidad debe afirmar negándose á sí propio, que á esto equivale proceder contra las leyes de su pensamiento. Labrar el campo, mejorar las plantas, encauzar las fuerzas desordenadas de la naturaleza, en la creencia de que, procediendo de esa suer-

te, á más de cumplir otros fines, obra el bien á semejanza de Dios y se erige en instrumento inteligente de sus creaciones: esto es lo religioso, y no el encerrarse en el templo para pedir á Dios que los ángeles dirijan el arado, ó que el rio henchido por las lluvias torrenciales no inunde, ó que los árboles silvestres produzcan fruto azucarado, ó que caigan lluvias de milagro sobre los campos abrasados por los ardores caniculares. Adam Müller decía con verdad que «el cultivador debe trabajar, lo primero por el amor de Dios, lo segundo por el fruto;» y en este pensamiento condensaba la expresion de la doble forma religiosa y útil que debía revestir aquel hecho económico. En todos nuestros actos, de cualquier orden que sean, científicos, jurídicos, económicos, etc., es obligado tener presente á Dios, y deben ser tan puros en la intencion que los anime, que no desdigan de la esencia de los actos divinos. De otro modo: todos nuestros actos deben ser religiosos. Obrando siempre de esta suerte y en conformidad con la razon—código inmortal, jamás desusado, donde Dios escribe de una vez para siempre las leyes con que debe gobernar su vida la humanidad,—presente Dios en todos los momentos de la obra, desde el plan y el propósito hasta la conclusion, podremos vanagloriarnos de haber tenido por auxiliar y mentor al mismo cielo, sin necesidad de caer en aquel providencialismo semi-fatalista que atribuye á designios divinos cuanto acontece en el planeta, desde los más menudos incidentes de la vida individual hasta las catástrofes más espantosas de la historia, y que inspiró á nuestro pueblo aquella protesta tan impia en la forma, pero tan enérgica y verdadera en el significado que lleva envuelto: *todo es como Dios quiere, mas no como debe*. De este providencialismo místico, desnaturalizado y optimista, que espera la luz y el auxilio de fuera y como por vía de agregacion ó de sustitucion, en vez de buscarlo dentro como un crecimiento de las propias fuerzas por el racional empleo de ellas y el estímulo del motivo, que en todo caso debe ser puro y religioso, adolece no poco la *Minuta* del Sr. W..., ciertamente más conforme en esto con el sentido histórico reinante que con la razon, serena y desapasionadamente consultada.

§ 4.

SECCION ECONOMICA.

Los principios económicos, ó más bien económico-jurídicos, que sirven de base al testador para la redaccion de las interesantes cláusulas de su testamento, y suministran criterio al Sr. W... para sus consideraciones doctrinales, recuerdan en buena parte los preconizados por la escuela novísima levantada y mantenida con éxito brillante, enfrente

de las antiguas escuelas socialista é individualista, por los *katheder-socialisten* alemanes (Schmoller, Schäffle, Contzen, Böhmert, Cohn, Held, etc.), y por Cliffe Leslie, Thorton, Cairnes, Frederiksen, Falbe, W. Scharing, Luzzati, Cusmano, Lampertico, etc. La escuela de Manchester, ó economista ortodoxa, que tan briosos adalides contó un dia en su seno, no posee hoy una figura sobresaliente: el socialismo puro, ántes tan entusiasta y tan pujante, se halla en plena decadencia: uno y otro van á todo correr, bien que por distintos caminos, á cobijarse bajo los pliegues de la nueva bandera, en la cual se hace justicia á todas las doctrinas y se da á cada una la parte de razon que le corresponde por justo derecho, medida por el criterio de principios más altos y más comprensivos que los tomados como punto de partida por las primeras. Nota el Sr. W... una tendencia manifiesta, así en la esfera de la ciencia como en la de la vida, á una armonía entre las exclusivas que há poco luchaban con encono é intransigencia: el *individualismo*, dice, va perdiendo el exagerado optimismo de otros tiempos, y sin renunciar al principio de la *libertad*, de que ha sido y es tan celoso apóstol, reconoce la existencia de ciertos males y estudia el modo de remediarlos ó aminorarlos, sin menguá del respeto debido á la independencia individual; y de otro lado, el *neo-socialismo* muestra un carácter práctico y una sensatez que contrastan con el idealismo de las utopias que estaban en boga no há mucho tiempo, y léjos de pretender la inmediata realizacion de concepciones puramente ideales, tiende, cayendo á veces en la exageracion, á buscar en la historia solucion para los problemas sociales.

Firme el autor en este terreno, declárase enemigo de aquellas utopias reformistas ajenas de raíz en la tradicion y sin otro fundamento que un apriorismo subjetivo, que pretenden traerse é imponerse por ministerio de la fuerza,—no ménos que de aquel cómodo y cándido optimismo que pugna por levantar el hecho presente á categoría de ideal para todo tiempo, exceptuando de la ley de progreso en la historia humana la organizacion de la propiedad y canonizando su forma actual como inmutable dogma. Combate con ahínco á la escuela individualista por haber separado las dos esferas de la economía y de la ética, del interes y del deber; y afirma que la moralidad, siendo forma de toda la vida, debe infundirse en la económica lo mismo que en las demas y penetrarla de todo en todo, para servirle de guía é impedir que se abandone á la peligrosa corriente del egoismo que tantos y tan pavorosos problemas ha suscitado en nuestro siglo.

Declara los principios con que se ha orientado al practicar la singular distribucion de bienes que figura en su testamento, digna por más de un con-

cepto de detenido estudio. Desde luégo niega al propietario el derecho de disponer de su propiedad segun su capricho y mera voluntad, no atemperada á las exigencias de la razon: impera por desgracia en la práctica el principio romano del *jus utendi et abutendi* entendido en su más crudo tenor literal, á pesar de que los autores de las Partidas legislaron sobre la base de un concepto más racional y explícito, definiendo el dominio como poder que tiene un hombre de hacer de su propiedad lo que quisiere, *segun Dios y segun fuero*. Cuestion que se enlaza estrechamente con la ya apuntada en otro lugar acerca de la libertad. Arrancando del concepto que dió de ésta, censura el sistema de las *legítimas*, vigente en la legislacion castellana, porque, á más de que el principio que lo funda, la *copropiedad* de la familia, desapareció hace muchos siglos, si la ley reconoce al padre la libre disposicion de los bienes en vida, no obstante imponerle la obligacion de alimentar y educar á sus hijos, no se justifica la desconfianza que manifiesta cuando lo ve en el lecho de muerte, ni hay razon para negarle en este caso la misma libertad: la institucion de las *mejoras* supone una relajacion del principio de las legítimas impuesto al legislador por la fuerza de la razon y de las costumbres. Partiendo del mismo concepto de libertad, combate el egoismo de familia que sugiere á los padres la pasion de acumular á todo trance riqueza para los hijos; prefiriendo esto á dejarles el inestimable tesoro de una esmerada educacion moral é intelectual, y les hace desconocer, por otra parte, que no está el hombre todo dentro de la familia, ni su vida se realiza por entero en el seno del hogar, sino que, por el contrario, existen fuera y por encima de ella vínculos y deberes para con la ciencia, la religion, la vecindad, la patria, la humanidad, etc., que á ningun hombre verdaderamente recto es lícito entregar á punible olvido. El uso irracional de la facultad de disponer de los bienes de fortuna, explica, si no justifica, tantas utopias como se han formulado respecto del «derecho de herencia.»

Guiándose el testador por la luz de estos principios, no olvida en la distribucion de su fortuna ninguno de los fines humanos, ni la religion, ni la ciencia, ni la industria, ni el derecho, ni la beneficencia, ni á su familia, ni á sus amigos y criados, ni al pueblo, ni la nacion, ni la humanidad: á todos atiende su solicitud, y en todos tiene presente la actualidad al determinar el género de necesidades que con sus bienes aspira á satisfacer, en lo cual el autor ha dado muestras de práctico en el conocimiento de la vida contemporánea. Las cláusulas donde el testador estatuye sobre estos extremos y expone los motivos de su resolucion, para prevenir juicios aventurados y temerarios, constituyen un verda-

dero desideratum de nuestro tiempo, y servirán de despertador acaso, y seguramente de guía y consejero fiel, á aquellos espíritus generosos y progresivos, dispuestos á romper los angostos y mezquinos moldes del testamento actual y á seguir la corriente tradicional, no más que interrumpida entre nosotros, principalmente por las desconfianzas que despertó y trastornos y confusiones que produjo la desatentada, por excesiva y torpe, ingerencia del Estado en el antiguo régimen económico de la Iglesia, de la Universidad, Escuelas, Beneficencia, etc.

La parte de haber que reserva á sus hijos la divide entre ellos atendiendo principalmente á dos consideraciones: primera, á la respectiva posición económica y social de cada uno de ellos; segunda, á la naturaleza de los bienes (casa, tierras, minas, títulos de la Deuda pública), y al modo en que pueden ser más productivos para su familia y para la sociedad (según la profesión y estado de cada uno). Animán y sazonan estas cláusulas recomendaciones del testador á sus hijos y aclaraciones del editor Sr. W... tocantes en su mayor parte á las relaciones que deben mediar entre el capital y el trabajo. Para él los criados son como miembros de la familia, y en ella adquieren indisputables derechos, que no porque caigan fuera de la competencia de la legislación general, pueden darse al olvido con mengua de la justicia por los que rigen el derecho interior de la familia. Los colonos que cultivan largo tiempo una finca adquieren también cierta clase de derechos difíciles de definir y concretar en las leyes generales del Estado, pero que no por eso dejan de ser efectivos para la conciencia moral, individual y social; y así, quiere el testador que en recompensa de los trabajos extraordinarios hechos por D... C... M... para mejorar las tres huertas que llevan en arrendamiento hace más de veinte años, se convierta aquel en un *censo redimible* con un cánón moderado, para que puedan redoblar sus esfuerzos á fin de hacer más fructíferas las fincas con la esperanza de que sean un día de su exclusiva propiedad. Y añade el Sr. W... que por este camino, el censo, que tantos servicios prestó en la Edad Media, contribuyendo á la libertad de los siervos y de la tierra, y que bajo el influjo de una preocupación ha tratado de suprimir el derecho revolucionario moderno, puede ser una institución llamada en lo porvenir á resolver lenta y pacíficamente los problemas sociales relativos á la propiedad de la tierra. Observaciones que ya en parte hizo D. Fermin Caballero al señalar en su famosa *Memoria* la misión del censo reservativo en nuestro tiempo, y que nos parecen harto fundadas para que fijen en ellas seriamente la atención, no sólo los legisladores y gobernantes, sino también los particulares, toda vez que, según el Sr. W..., el pro-

blema social no lo ha de resolver únicamente el Estado, sino la acción individual y la acción social á la vez. Los consejos morales que da á continuación, prosiguiendo en el mismo tema, si se observaran escrupulosamente, con verdadero espíritu de justicia, bastarían á restablecer y mantener aquellas relaciones de armonía y de concordia sin las cuales no hay estabilidad ni progreso posibles para los pueblos, ni paz y bienestar para los individuos. Al disponer de la mina y fábrica que posee, no se atreve á recomendar en términos categóricos el sistema á que el heredero debe atemperar su conducta para con los obreros, circunstancia que no parecerá extraña á quien recuerde que todavía la ciencia se encuentra poco menos que en mantillas en este que es quizá el más trascendental de los capítulos que la constituyen, y que procede, por tanto, con prudente cautela aguardando á que la práctica y la costumbre se decidan en uno ú otro sentido, por temor de caer en las abstracciones y utopías hijas de la precipitación y de la impaciencia, que tan estrepitosos fracasos produjeron, y que á muchos han obligado á suspirar por la vuelta del pasado. Así es que el testador se limita á recordar á su hijo los sistemas que ha tenido á la vista para la organización interior de sus industrias: el salario unas veces, la participación en los beneficios otras, y otras, por fin, una combinación de los dos sistemas, según las circunstancias especiales de cada trabajador y el modo de prestar su trabajo. Donde no titubea es en la parte relativa á aquellos deberes entre obreros y capitalistas que trascienden de la esfera limitada de la remuneración del trabajo, y no cesa de inculcar á su hijo que en él han de ver los operarios además del capitalista al *hombre*, y que no debe contentarse con darles lo que les es debido por *justicia legal* y estricta. Supone esto un concepto del derecho radicalmente diferente del usual en las escuelas y en la vida común, que examinaríamos de buen grado si no fuese ya hora de cerrar esta nota bibliográfica.

No tiene menor interés que las partes que acabamos de reseñar la relativa á los hijos, sistema de educación que siguió en sus primeros años, conducta que respecto de ellos observó, moral, religiosa, económica, etc., modo de consultar su vocación y de ayudarles á precisarla, prevenciones contra el espíritu de secta ó de escuela en las aulas, consejos acerca de multitud de vicios comunísimos que pasan desapercibidos, á causa de la dolorosa laxitud moral de la sociedad presente, que acaso les ha expedido el pase de prácticas indiferentes, cuando no canonizado como virtudes; y, por último, reflexiones que les hace encaminadas á

evitar los peligros que cada uno de ellos puede correr á consecuencia de las peculiares condiciones de su carácter y posición social, en la creencia de que podrá serles útil el estudio que ha hecho de las tendencias manifestadas en la individualidad de cada uno, movido por el amor que les profesa y el interés que le inspiran. Una crítica delicada y justa del estado moral de la sociedad, considerada bajo el triple punto de vista religioso, económico y político, da extraordinario valor práctico á esta última parte del testamento; y la contraposición de genialidades y tendencias que descubre en sus hijos, si no acreditan al testador de afortunado en los resultados de su obra como educador y como maestro, suministrarán provechosa enseñanza á los padres que miren su carácter y posición como tales con la seriedad que reclaman á una sus deberes y su conveniencia.

Concluimos por donde hemos principiado: la *Minuta de un testamento* es una pequeña *Enciclopedia* práctica, bien escrita y mejor pensada, de carácter permanente y al mismo tiempo de actualidad, y cuyo principal mérito está, más aún que en lo que dice, en lo que hace pensar.

J. C.

LOS IDIOMAS DE LA AMÉRICA LATINA.

Era allá en 1629 cuando el erudito D. Antonio de Leon Pinelo, en el epítome de su *Biblioteca Or. y Occidental*, decía en son doliente: «Lo más olvidado y abatido de toda la literatura española son los libros de Indias.»

Y de estos, pudiera haber añadido completando la frase, están de todo punto ignorados cuantos se refieren á los idiomas del nuevo mundo.

Pero también es verdad que esto último es ahora más exacto que entonces mismo.

Doloroso, pero preciso es confesarlo: muchos, muchísimos y muy notables son los libros escritos en las lenguas de la América latina desde los primeros tiempos de la conquista, trabajos admirables se hicieron sobre esos lenguajes; mas el título de tales obras y el nombre de sus autores han caído para las actuales generaciones en la sima del olvido.

Como si nada importase á la ciencia; como si en nada atañese á la gloria de la patria honrar la memoria de los beneméritos obreros de la civilización que á través de mil riesgos estudiaron la índole de las lenguas de aquellos indígenas, escribieron sus reglas y vertieron en tan extraños idiomas la doctrina del Mártir del Gólgota, componiendo otros muchos libros dignos de la mayor estima, nadie

aquí da cuenta de tales hombres ni de sus trabajos.

Reparar en lo posible tan bochornoso desden, es el objeto de este trabajo.

No se me oculta que tal empresa, para llevarse cumplidamente á cabo, habría menester de otra inteligencia, y medios y ayuda de que yo carezco.

Tales como son, he empleado una y otros en una obra de puro patriotismo, que puede continuar quien se halle con fuerzas para más.

Cábeme, sin embargo, la satisfacción de dar á conocer autores ilustres y libros excelentes que sin embargo no figuran en ningún *Diccionario biográfico*, merced á nuestra desidia y á la falta de protección que nuestros gobiernos han dispensado á ciertos estudios... salvo las veces que han perseguido á los autores.

Por estos imperfectos apuntes notarán propios y extraños lo mucho que en este ramo de las ciencias antropológicas se debe á los españoles.

Ponerlo á vista de todos es lo que se ha propuesto el autor.

I.

IDIOMAS AMERICANOS.

«Son los lenguajes de los indios tan regulares y expresivos de los conceptos, como la más cultivada lengua de nuestra Europa.»

(J. GUMILLA, *Orinoco ilustrado*.)

Interés muy marcado despierta en las personas amantes del saber el estudio de los monumentos, costumbres, tradiciones y demas de los pueblos antiguos; pero por lo que hace á los indígenas del nuevo continente, pocas cosas llaman la atención del antropólogo con tanta preferencia como la prodigiosa multitud de los idiomas de aquellas gentes, y lo diversos entre sí de esos lenguajes.

Con efecto, en cada una de esas grandes comarcas que llamamos Méjico, Brasil, Rio de la Plata, etcétera, vivían nacionalidades y tribus de tan diferentes lenguas, que apenas puede comprenderse tanta diversidad, á veces en muy corto espacio; circunstancia que ha ejercitado la paciencia de los misioneros.

En la region del Orinoco, dice un jesuita, *tanta variedad es inaguantable*; y es positivamente, quizá, la que más variedad ofrece, al ménos de la América latina.

Claro es que en esa vehetría de lenguajes ha de haber, y hay positivamente, unas, á todas luces, *lenguas matrices*, al paso que muchas otras son *secuelas* de aquellas.

De la lengua *cariba* derivan la *guayana*, la *palcá*, la *mapuy* y la *cumanagota*.

El lenguaje *aturí* es hijo de la *saliva*.

La *betoya* y la *girara* son matrices de la *ayrica*, de la *situfa*, la *lolaca*, la *quilifay* y otras.

La *mexicana*, la *guarani* tienen también infinidad de *secuelas*, y lo mismo tantas otras que fuera molesto enumerar.

Empero las lenguas principales del nuevo mundo, ¿son indígenas en el sentido propio de la palabra? ¿Son lenguas primitivas?

Preciso es contestar negativamente.

Demostrado hasta la saciedad se encuentra que los antiguos americanos eran, como dice C. Cantú, *parientes del Egipto y de la India*.

Acreditarlo con irresistible elocuencia las grandiosas ruinas de las ciudades enterradas de Palenque, Mitla y otras. Dicenlo portentosos monumentos que en ellas admira el curioso viajero; restos que suponen un pueblo superior en actividad y cultura al mismo que conquistó el poderoso brazo de Hernán Cortés.

Los templos, murallas é ídolos mejicanos, aunque ya inferiores en gusto, tienen la grandeza y el tipo asiáticos.

El mismo sello conservan los monumentos de los Incas del Perú, su pirámide, etc. La cerámica de sus *Huacas*, en sus formas y relieves, es una copia del arte egipcio.

Nuestro sabio marino el teniente general D. Antonio Ulloa, investigador diligente como pocos, aduce sobre esto una observación que ántes que por él no he visto citada, como prueba de esta materia. Hablando de los artefactos de los indios dice así:

«En una cosa han sido iguales y sin discrepancia industriosos, que es en las armas; pues generalmente todos usaban del arco y de las flechas, y las hacían sin diferencia sensible de un mismo modo, imitando en ello á las naciones de la antigüedad que poblaban el Asia: de modo que siendo comunes en ello, se deduce haberse derivado de un mismo principio.»

Acerca de los preciosos objetos de cerámica que suelen encontrarse en los sepulcros de los peruanos, sienta Ulloa, como muchos otros autores, que es muy marcada su semejanza con los de la antigüedad egipcia, y con las figuras representadas en los geroglíficos y mosaicos de aquellos tiempos; finalizando con esta frase:

«Dichas piezas indican que la norma de hacerlas fué llevada por los primeros pobladores, habiéndola tomado del mismo origen de donde la tuvieron aquellos pueblos» (1).

(1) En el museo arqueológico de Madrid y en el antropológico del señor doctor González Velasco pueden verse curiosos ejemplares de cerámica peruana.

Desde los primeros tiempos de la conquista, vistas las costumbres de los indios de distintas regiones y de diverso grado de cultura; notados entre sus tribus los usos del repudio, la poligamia, etc., hizo exclamar á no pocos inteligentes misioneros la frase de que *los indios judaizaban*.

Varios de los que al principio estudiaron los idiomas, notaron desde luego la semejanza de muchas voces del *quichoa* y otros lenguajes con otras palabras del hebreo.

Alguno avanza hasta afirmar que con respecto á la lengua de las Antillas, principalmente de Cuba, podía darse por sentado que no era más que el hebreo corrompido; proposición calificada por muchos otros de muy exagerada.

Pero después de los eruditos trabajos del sabio barón de Humboldt, *apoyados en las curiosas investigaciones de los PP. Gaona, Olmos, Motolinia y otros que obtuvo y meditó*; y después de otros estudios más modernos de etnólogos europeos y americanos, está completamente demostrado que en casi todas las lenguas del nuevo mundo existe la más perfecta analogía de infinidad de palabras de ellas con otras de las lenguas asiáticas.

Y como se verá en su respectivo lugar, uno de los más eruditos literatos mejicanos no se limita á señalar la semejanza de muchos vocablos con varias palabras hebreas, sino que apunta la identidad de la frase en su construcción y rodeo en muchos casos.

Al esclarecimiento de esta cuestión contribuyó altamente la idea de Catalina de Rusia, de la *comparación de los idiomas*; medio por el que se alcanzaron infinitas semejanzas que ni se sospechaban siquiera (1).

A este respecto añadiremos, que un sabio brasileño, el señor canónigo de Rio-Janeiro Dr. Joaquin Caetano Fernandez Pinheiro, en su luminoso trabajo sobre la etnología brasileña y origen de los primitivos habitantes de la América, es de esta misma opinión. Y ya que no podemos transcribir todo, copiaré algunos de sus conceptos. Dice así:

«E para nos intima convicção que descendem as tribus americanas dos povos da Asia, que en épocas ante historicas emigraran para ó novo continente, tanto na direção de Este, como na de Oeste; servindolhes de escalas as ilhas de coral esparsas pelo grande Oceano; ou talvez quando ainda nao existisse á scissao á que denominamos estreito de Behring.

(1) Cuando para efectuar ese trabajo dicha emperatriz pidió al rey de España las gramáticas y vocabularios americanos, fué preciso mandarlos traer del nuevo mundo, pues apenas se habían cuidado de tenerlos en las bibliotecas de la metrópoli.

»En abono deste aserto apresentam-se as grandes semelhanças somáticas que se descobren entre alguns povos de origen semítica (como por exemplo os egypcios) é os aztecas, toltecas, kechuas é outros antigos habitantes da America; ven como a singular distribuição dos vegetaes uteis on quasi adhesivos ao homem.

»Nem menos valioso é o contingente que nos ministra á linguística para á solução d'este problema, por quanto ja nao é licito duvidar, depois dos trabalhos importantissimos ultimamente publicados na Europa é na America, do intimo parentesco que existe entre as linguas asiáticas é as do novo continente.»

Y con efecto, está bien demostrado que las principales lenguas del mundo de Colon, son especies derivadas del tipo asiático; quizá no sólo de la lengua hebrea (1).

Qué serie de trastornos acaecieron, qué tiempos pasaron para verificarse cambios tan notables en la rarísima multitud de esos idiomas, no es posible averiguarlo, cubierto como está con tan impenetrable velo el pasado de los pueblos americanos.

Obsérvase en las lenguas de América la carencia de algunas letras (principalmente consonantes), pero sin que sean las propias en todas, ántes por el contrario, nótese con frecuencia que abundan en unas las que faltan en varias otras.

Circunstancia esta, dice Gumilla, que ha dado mucho que pensar, sin poder alcanzar el misterio que encierra.

No es ménos digno de consignarse el hecho de existir, en casi todos estos lenguajes, sonidos cuya correspondencia, si bien un tanto parecida, no es perfectamente idéntica en idioma alguno de otras regiones.

De aquí el caso singular de que, al paso que se advierte la falta de unas letras, haya habido necesidad de inventar otras nuevas para representar ciertos sonidos que no es posible expresar cumplidamente con ninguno de los alfabetos europeos.

A ello se han visto forzados lo mismo los autores de las gramáticas mejicana, chilena y de otras nacionalidades de la América española, que los jesuitas franceses Rasles, Breton y Chaumont para la formación de las gramáticas *cariba*, *hurona* y *abnakisa*.

Esto, bien se comprende, constituye una dificultad (y no la menor) para el aprendizaje de las len-

(1) Pero repito que sabios misioneros, por nosotros injustamente relegados al olvido, como el venerable B. de Sahagun, Andrés Olmos, Gaona y otros, en diferentes libros, habían abordado de frente tan interesante tema, aduciendo pruebas elocuentes y curiosas.

Buena fuera hacer nuevas ediciones de algunas de sus obras.

guas americanas; dificultad que se agrava por la diversidad y rareza de las pronunciaciones, áun en comarcas cercanas.

Pecan algunas de muy guturales, como la *situfa*, que ahoga las letras consonantes en la laringe. Otras son tan nasales (la de los *salivas*, por ejemplo), que las sílabas han de salir en su pronunciación materialmente *encañadas por la nariz*.

Existen otras tan ásperas que, por lo escabrosas, se tornan casi imposibles para el europeo, como la *betoya*, plagada de rr y de una pronunciación durísima en ellas; letras que algunas no tienen.

En las lenguas *guajiba*, *chiricoa*, *otomaca* y *guarauna*, la dificultad mayor procede de la excesiva rapidez con que han de pronunciarse; dificultad tan molesta, que un misionero del Orinoco dice que *causa sudor, frio y congoja el no poder distinguir el oido más lince una sílaba de otra*, sino en fuerza de tiempo y muchísima paciencia para observar.

No se crea que el grado de cultura de los lenguajes americanos sea con corta diferencia el mismo, como indiscretamente dijo Paw en sus *Investigaciones filosóficas*, libro en que no resplandece el genio investigador y en que brilla por su ausencia la filosofía.

Hay, por el contrario, de unas á otras inmensa distancia.

Bárbaro y excaso es el lenguaje de los Chiriguanos, y no le va en zaga la lengua *tehuantepeca*, de la que sin embargo hay *arte gramatical*.

El jesuita Schimidels vivió muchos años entre los avipones y no pudo verter á tan intrincado idioma el catecismo de la doctrina. Y difícilísimos y pobres hay otros muchos.

Hay no pocos, como formando contraste, que son *copiosos, expresivos, elegantes y magestuosos*, léjos de andar en ellos escasa la moneda representativa de los conceptos.

Con gran verdad, el célebre autor de la *Monarquía indiana*, hablando de los mejicanos, se expresa así:

«Confieso que en decir su razon estas gentes, así en contar sus bienes como en referir sus males, son aventajadísimos retóricos; no porque ellos hayan oido ningun precepto de los que enseña Quintilianó, sino por serlo así naturalmente, y tan elocuentes, que les es muy fácil decir cualquier cosa que quieren del modo más culto, etc.»

De unos y de otros ha de hablarse al citar los nombres y enunciar los libros de los que les han cultivado.

II.

IDIOMA MEXICANO.

Los naturales de México decían á ese territorio *Nahuatl*, equivalente á expresar, *junto al agua*; por vivir cerca de las aguas del mar, de los ríos y de la gran laguna, dentro de la cual tenían edificados los pueblós de *Iztapalcua*, *Misquic*, *Culhiacan* y otros.

Por eso el idioma, como todo lo perteneciente al imperio, se apellidaba también *nahuatl*.

Denominábase igualmente, como por elegancia, *culua*; porque una de las etapas que hicieron los antepasados al inmigrar y establecerse allí fué *Culhuacan*, frente á las Californias (1). De aquí el llamarse *lengua culua* alguna vez.

El idioma nahuatl ó mexicano es dulce, natural, etimológico, abundante de voces y muy elegante.

Carece la lengua nahuatl de las letras B, D, F, J, Ll, Ñ, R y S.; mas la diversa pronunciación ha obligado á inventar la especial T Z para acomodarse á la singular índole del mexicano. Aunque compuesta de dos, es una letra consonante.

Su pronunciación es bastante parecida á la Z española, pero mucho más fuerte y áspera: es muy usada, circunstancia que hace un poco difícil el lenguaje. *Tzopelic*, que significa dulce, es un ejemplo.

No obstante haberse dicho que falta la Ll, hay muchísimas palabras escritas con dos ll seguidas, y no se puede ménos; pero su pronunciación no es como la ll castellana, v. gr. en gallo, pollo, etc., sino que la primera se pronuncia siempre junta con la sílaba antecedente, y la segunda con la vocal que sigue. Ejemplo: *calli*, que significa casa, se pronuncia de esta manera *cal li*, como divididas.

Las letras tl juntas ofrecen la novedad de pronunciarse de dos modos. Si están al principio ó al medio de una voz, se pronuncia como en español, v. gr., *tlalli*, tierra; *atle*, nada; *totli*, gavilán, su pronunciación es como en castellano *atlante*. Pero si se hallan al fin de la palabra, v. gr., *atl*, entonces es como si después de la última letra hubiese una é, y al pronunciarla se detuviese sin llegar á articularla por completo (2).

(1) La historia de los tuteclas da la principal luz sobre la antigua raza mexicana, y la llegada de sus mayores está comprobada en el libro que sobre su origen compusieron en Jula, con figuras pintadas con mucho ingenio.

Los primeros hombres vinieron á México por la punta ó cabo de California; efectuando su primera mansión en Culhuacan, junto á una laguna de la comarca de Quiriva, no lejos de la desembocadura del Río Colorado.

Hicieron la segunda etapa junto al río Gila, y la tercera en la Sonora, cerca del antiguo establecimiento español de Janos, hácia Nueva-Vizcaya.

El primer poblador chichimeco, *Xolott*, es decir, ojo, por su mucha vigilancia, era cacique de los primitivos chichimecos.

(2) Entiéndase esto sólo con respecto al idioma *nahuatl* ó lengua ge-

Hay dos especies de C: sola es dura, no igual que en castellano; y ç es más blanda; su sonido más suave es como retirando la lengua á su pronunciación.

La ch, si hiere en vocal, pronúnciase como en español; *nichicha*, escupo; *nichoca*, lloro, como en castellano chico, choto.

La O se pronuncia de un modo oscuro, débil, casi parece una U; pero no enteramente igual.

La X, cuando está hiriendo vocal, se pronuncia como en latín; *xihuitl*, yerba; *wochitl*, flor, son como en el latín *dixi*, etc. Si no sigue ni antecede á vocal, es como la final latina Rex; así es en *mexlli*, ceniza, y otras.

Hay otras particularidades que por brevedad omito.

El idioma mexicano es una pura etimología y no tiene la multitud de anomalías que se notan en muchas lenguas europeas, sino que, por el contrario, es regular en las derivaciones. Esto facilita mucho á la posesión del lenguaje, una vez conocidos sus principios (1).

Compónese la oración en la gramática mexicana, como en la latina, de nombre, pronombre, verbo, etcétera.

Tiene adverbios elegantes, unos de lugar, otros de tiempo, y otros que modifican, ya ampliando, ya restringiendo, la significación del verbo; los cuales permiten, como es natural, mucha belleza en la frase.

Nican, aquí; *nechca*, acullá; *nipa* ó *nepan*, allí; *ompa*, allá; *caná*, en alguna parte; *céeni*, en cierto lugar, y tantísimos otros de todo género, son ejemplo.

Seis son las partículas de los verbos; y por no alargar demasiado esta reseña omito otras reglas y partes, como las interjecciones, conjunciones y de-

neral de México, puesto que había allí multitud de lenguas de pronunciación é índole diversa y sus dialectos.

Los indios de la comarca Tlatlanqui, v. gr., hablaban un dialecto (el *Oimeco-mexicano*) cuya pronunciación era muy diferente de la que corresponde á la lengua matriz.

Ellos no pronunciaban la L después de T de la manera que los verdaderos mexicanos. Así de *Tlaxcalla* hacían *Taxcala* en su modo de decir.

De *calli*, en mexicano casa, y de *tlani*, abajo, componen los mexicanos *calltani*, casa de abajo: en el dialecto oimeco hay que pronunciar *calltan*: simplemente. Me limito á estos ejemplos.

(1) Pondré, para mayor claridad, algún ejemplo.

Cempoalli, significa veinte; *cempoalcen*, cosa dividida en veinte partes; *cempoztlitlanquitzli*, ferias ó mercados de veinte en veinte días.

Tenamictic, piedra unida, ajustada; *tenamazcuicuitl*, piedra pintada, cuya raíz es *tena*, piedra.

Tzompachiepetl, cerro con árboles buenos para la cabeza ó que son remedio para la cabeza.

Tzompantzinco, á la falda de los árboles buenos para la cabeza.

México, es decir, manantial; por los que hay donde está edificada la ciudad.

mas, puesto que el nahuatl permite todas las transiciones de la elocuencia, y sólo se dan siete verbos anómalos ó defectivos.

Con todo, esta lengua ofrece dificultades para el europeo, singularmente por lo polisilábicos que son algunos vocablos. *Xipincollitzincuiltizcati*, nombre de un soberano, es un ejemplo.

Pero con el estudio, esta y ciertas otras dificultades desaparecen, y se toma afición á un idioma tan rico y expresivo. Sus reglas, su método, sus preceptos, harto bien expuestos se hallan en las *Gramáticas* que dejaron Ximénez, Alba, Aldama, Galdo y tantos otros maestros, y mejor que todos el Padre Perez y D. Carlos de Tapia y Ceñeno.

Libros clásicos por las primorosas galas de la oratoria, compusieron el reverendo Gutierrez Tanco, Juan Mijangos, Sahagun y varios otros *elocuentísimos Tullios*, como les apellida el Dr. Torres Cano, *que tan perfectamente manejaron el opulento y elegante idioma mexicano*.

En el capítulo que sigue daré cuenta de estos trabajos, en cuya reseña se han incluido todos los que han llegado á mi noticia.

No está demas advertir que hay números para contar grandes cantidades, de que no se hace mérito por expresarse en otro lugar.

Por último, no debe pasar desapercibido, por más que esta sea una brevisima é imperfecta reseña, que en el idioma mejicano hay muchos vocablos que, pronunciados breves, tienen una significacion muy diversa que si se dicen largos, y aún basta aspirar ó no una letra para establecer diferencias.

Ahua significa el dueño del agua, segun la regla de posesivos; mas *ahua*, haciendo alguna fuerza ó detencion en la h, significa reñir. *Ahuatl*, hiriendo la h, es espinita ó espina pequeña; al paso que muy suave esa letra es encina.

Ayolli es calabaza; pero *ayohltli* es tortuga, muy aspirada la o.

El P. Fr. Manuel Perez es quien, en su Gramática, dedicó un largo artículo á explicar estas diferencias; trabajo que alabó mucho el Dr. D. Antonio de la Gama, por lo que facilita el estudio.

Paso á dar noticia de los autores y libros en este idioma escritos; despues de una ligera, mas no inútil digresion.

No creemos fuera del caso, siquiera por la íntima relacion que existe entre ambos asuntos, dar una breve idea de la *industria papelera* entre los indígenas de Méjico, ántes de exponer el catálogo de escritores y de obras en el idioma nahuatl y otras lenguas de gentes que habitaban el antiguo imperio de Moctezuma.

Este papel, llamado por los indios metl, era de dos clases.

Preparaban el papyrus ó metl más ordinario, poniendo á macerar por algunos dias las pencas de *magueli*, dicha pita por nosotros; planta de la cual sacaban varios otros provechos (1).

Cuando se hallaba suficientemente reblandecido, separaban las fibras más groseras, y extendiéndole con sumo cuidado le sujetaban á cierta presion gradual por algun tiempo, alisándole y bruñéndole con esmero despues de aquella operacion.

Así resultaba una foja de la consistencia del pergamino ó algo más grueso, de un color ceniciento.

Otro preparaban con hojas de palma, empleando un método análogo, pero de mucha más blancura, ductil y fino, bastante resistente y de un aspecto sedoso.

Recibía mejor el bruñido, á juzgar por trozos que despues de cuatro siglos ó más se conservan, y de los que he visto ejemplares.

Uno y otro se dedicaban á varios usos, siendo el principal para las pinturas de sus geroglificos.

Pintaban graciosas figuras representando personas en diferentes actitudes, flores, pájaros, reptiles y otros objetos con excelentes colores.

Con figuras de ese género, diferentemente combinadas, formaban geroglificos los antiguos mejicanos, estampadas para perpetuar sus memorias. Era una escritura geroglifica que, como todas, carecia de la representacion de los sonidos, pero que, aunque imperfecta, quedaba idea de los sucesos. Y ya era un adelanto sobre los otros indios.

Así confeccionaron varias piezas, señaladamente el libro de Tula de que hice mencion, el más famoso entre ellos.

Llamaban á este libro *Teomaxtli*, es decir, libro divino, que podía apellidarse la biblia de los tultecas.

El incansable investigador Padre Olmos descifró varias de esas escrituras, y el célebre baron de Humboldt copió muchas de dichas piezas, algunas de las cuales fueron sustraídas y remitidas por los jesuitas á la Biblioteca Vaticana.

Pero consérvanse no pocas de raro mérito en la Biblioteca nacional de la república mejicana, y son las cosas más curiosas, aunque poseen otras antiqüedades dignas de estudio en aquel centro.

FÉLIX C. SOBROX.

(Continuará.)

(1) La especie botánica es *Aloe mexicana*.